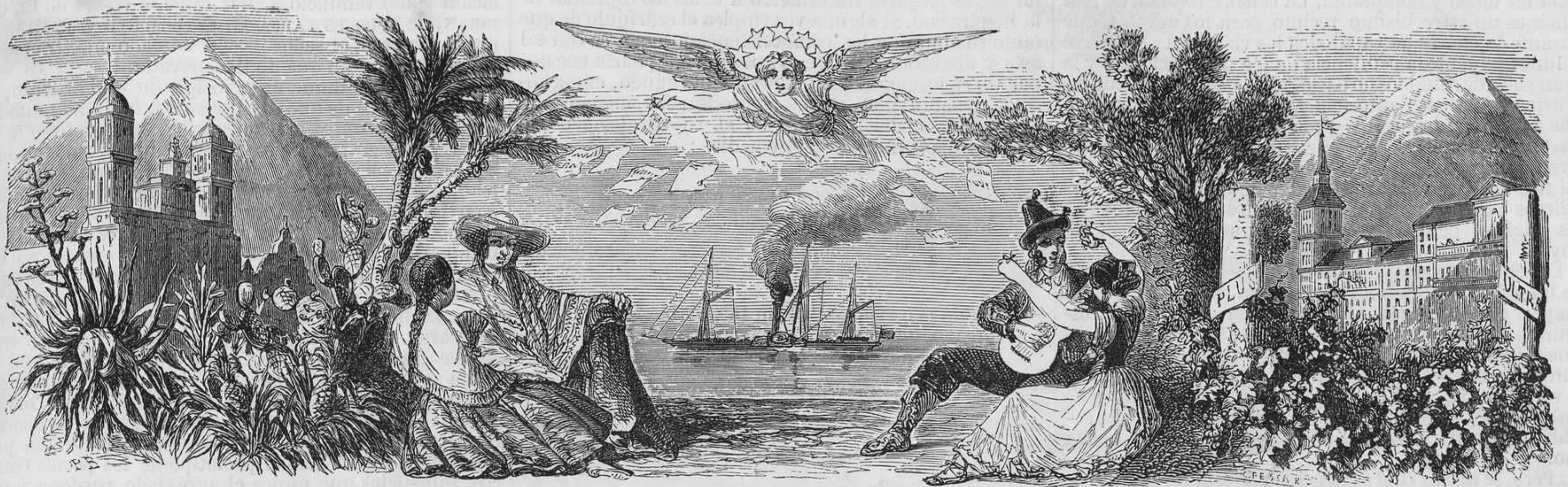


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Año 12. — N. 11.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

La Semana-Santa en España; grabados. — Poetas españoles contemporáneos; artículo quinto. — **Historia de la Semana**. — Cantos populares de Suecia. — El mes de Maria; grabado. — De Gibraltar a Lisboa; viaje histórico. — Lo que se ve por la ventana. — Carlos Grandemange; matemático mental. — El Peru y Bolivia; grabados. — Al rededor de Trieste; los zichi. — Un arresto en las lagunas Pontinas. — Establecimiento de una iglesia catolica en el Aghouat; grabados. — Arqueología. — D. Juan de Lanuza; leyenda. — Lavengro; continuation. — Naufragio del buque de vapor el Parisiense a Anance; grabado.

La Semana-Santa en España.

Sabido es que la España es una de las naciones en que mas profundas raices ha echado el catolicismo. Las doctrinas reformistas que con mas ó ménos dificultades al principio han tenido prosélitos y sancion oficial en casi todos los pueblos de Europa, han respetado ese terreno cuyos reyes llevan desde la primera Isabel el título de católicos. La filosofía, ese elemento de las revoluciones sociales que tanto ha influido en las transacciones ideológicas de todos los países, y principalmente en Francia

desde el siglo pasado, no ha encontrado en España un solo representante; y ese pueblo en medio de sus guerras intestinas é internacionales que desde los tiempos de Carlos III hasta hoy ha tenido mas de una vez cuestiones y hasta intervalos de desacuerdo en sus relaciones diplomáticas con el poder temporal de Roma, nunca ha dado acogida á la libertad de cultos.

Con lo que llevamos dicho basta para comprender que la Semana-Santa en España ha de ser tan imponente como especial en la pompa de sus solemnidades religiosas. Efectivamente, esta época del año es un acon-



Semana-Santa. — SS. MM. Lavando los pies á los pobres.

tecimiento en Madrid, y eso que no es esta capital la que mas se distingue por su fervor católico, no pudiendo compararse en este particular con Valladolid, Toledo, Córdoba, Zaragoza y otras poblaciones cuyas ceremonias religiosas atraen á mucha gente de la misma corte durante la Semana-Santa.

Pero sin salir de Madrid puede apreciarse en todo su justo valor la importancia que para los españoles tiene su culto único y dominante. La célebre bóveda de San Ginés es un estrechísimo recinto para los devotos que durante la cuaresma van todos los viernes á imponerse voluntariamente la penitencia de las maceraciones, y la gran plaza de Afligidos no basta á contener la muchedumbre que el Viernes-Santo acude á visitar la cara de Dios. Dar aquí una idea aproximada de las funciones de iglesia, los sermones y las procesiones públicas que Madrid ofrece en esa temporada del año, sería empresa difícil, y así nos limitaremos á referir algo de las ceremonias religiosas á que se refieren los grabados que ponemos en las páginas primera y cuarta de nuestro número de hoy.

La primera de estas ceremonias, que es la del lavatorio de los pies, se celebra en la capilla de Palacio con la mayor magnificencia. La reina llena esta piadosa costumbre con las mujeres, y el rey con los hombres, perteneciendo siempre los agraciados á la clase indigente. Cumplida la ceremonia del lavatorio, se da á expensas de la reina un traje completo á cierto número de pobres de ambos sexos, sirviéndoseles despues una espléndida comida, y repartiéndose por último una onza de oro á cada uno.

¿Pero, se dirá, ¿cuál es el origen de esta ceremonia de que no se conocen hoy ejemplos en otros países? Ya hemos dicho que España es en el viejo continente la nación católica por excelencia, y esto explica el porqué en sus costumbres religiosas ofrece detalles que podemos decir le son hoy peculiares. En cuanto á su origen, este acto de humildad cristiana se verifica todos los Jueves-Santos en memoria del Redentor del mundo que en semejante día lavó los pies á los apóstoles ántes de ir á hacer oración al Jardín de los Olivos donde fué vendido, preso y entregado al tribunal de Poncio Pilato.

La segunda de las mencionadas ceremonias es la adoración de la cruz y concesión de la real gracia á los reos de muerte. Siguiendo en esto como en todo, asiste todos la reina actual, las tradiciones de la monarquía española, los años á celebrar la adoración de la cruz, en cuyo acto, y cuando va á arrodillarse en la real capilla, la presentan sus ministros en una bandeja de plata un cierto número de procesos y sentencias de muerte. La reina extiende la mano sobre dichas sentencias, y esta es la señal de la gracia que viene á libertar del suplicio á muchos desgraciados, llevando el consuelo á las desoladas familias.

Damos también hoy aun que no tenga relación con las indicadas ceremonias religiosas de que hemos hablado, una copia del admirable cuadro de Murillo conocido con el nombre de *El mes de María* por la relación que tiene su asunto con la época de religiosa inspiración en que escribimos. Nuestros lectores disimularán si, ofreciendo á su contemplación una de las escenas mas interesantes de la historia sagrada, omitimos los elogios debidos al artista que tuvo el talento de concebirla y ejecutarla tan felizmente; y por otra parte ¿qué necesidad tienen de nuevos elogios las obras inmortales del Rafael de los españoles?

Poetas españoles contemporáneos.

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

(Artículo quinto.)

Hemos, pues, visto al señor Breton luchando durante muchos años con las preocupaciones literarias y, por decirlo así, aristocráticas de cierto gremio, y esta oposición no debía en efecto inspirarle serios cuidados mientras contase como ha contado siempre con el favor del público, que amante de la verdad y sin hacer mucho caso de los juicios ajenos, acoge con entusiasmo todo lo que la inspiración del poeta pone al alcance de su concepción. Y no por esto se crea que yo quiero sacrificar á la claridad del lenguaje y á la sencillez del estilo, las galas del pensamiento ni las exigencias de la filosofía, no. Estoy plenamente convencido de que la elevación en las ideas no consiste en la oscuridad de las formas; y si fuese necesario corroborar mi opinión con el ejemplo, citaría á todos los hombres verdaderamente grandes que han existido desde Homero hasta Lamartine, probando con sus obras que todos han tenido entre sus mas preciosas facultades el privilegio de poner sus conceptos mas sublimes al alcance de las inteligencias mas comunes. Lo que yo deseo en las producciones literarias es, la subordinación de la verdad moral, de la belleza artística ó del rigorismo científico al orden y claridad en sus varias manifestaciones, y el señor Breton de los Herreros ha sabido acomodarse tan felizmente á estas exigencias, que jamás para hacerse entender y aplaudir de las masas ha necesitado, venciendo las mas escabrosas dificultades de la rima, cometer esas faltas groseras de erudición ó de lenguaje, decoradas por los poetas con el nombre de licencias poéticas. Exacto en el tecnicismo cuando entra en el terreno de las ciencias, artes ú oficios, y purista del mejor género en su elocución, puede como cierto editor francés que prometia un pre-

mio al que hallase una errata de imprenta en sus publicaciones, ofrecer una recompensa al que encuentre en sus obras un absurdo ideológico ó una incorrección gramatical.

Inesperado siempre en su rima y desesperante por la facilidad con que acomoda en su versificación palabras que parecerían en otros rebuscadas y violentas, la lengua, instrumento mezquino en otras manos se, ve en las suyas plegarse sin esfuerzo á todos los caprichos de la inspiración. Si alguna vez emplea el esdrújulo de que tanto se abusa en las composiciones jocosas, es con tal arte y discreción, que en el hueco donde podría encajonar un ripio, engarza un pensamiento agudo, empleando la palabra mas propia y precisa. Así, cuando Alejo en la comedia de *ELLA ES ÉL* se ve atormentado por su importuna prima que le dice:

» Lo que dentro de aquí pasa
Tiene eco fuera de aquí:
Todos se burlan de ti
Porque eres cero en tu casa;

él contesta con esta redondilla inimitable por su versificación y naturalidad:

» La respuesta que yo doy
Al zumbiar de tanto tábano,
Es que a nadie importa un rábano
Si soy cero ó no lo soy.

En la lindísima pieza titulada, *MI SECRETARIO Y YO*, es admirable también bajo este punto de vista la escena en que escribiendo dicho secretario una carta amorosa para su principal, empieza:

El buen hombre, ¡es tan inepto!
No se le ocurre un concepto
Para saludar al *ídolo*
Que su pecho cautivó.
¡Ay, cuanta majadería
El buen hombre escribiría,
Si con mi ingenio y mi *peñola*
No le socorriese yo, etc.

Á este mismo metro pertenece también la relación de *EL TERCERO EN DISCORDIA*, en que el pobre poeta á poco rato de haberse ausentado de la casa de don Ciriaco para ir á recoger al teatro los laureles del triunfo, vuelve macilento aunque con su habitual sangre fría á contar el éxito fatal de su comedia

— ¡Tan pronto! ¡A las nueve y media!
¿Se ha acabado la comedia?

EL POETA (*sentándose*).

Voy á responder mas cómodo
Sí, señor, y no señor.
— ¿Como?

— El informe es exacto

Hemos suprimido un acto...

— ¡ Hombre!

— Ha renunciado al *último*

El benigno espectador.

— Singular economía

— ¡ Tanto era el calor que hacia!

— Vaya, habrá apestado al público

El drama

— Creo que sí.

— El hombre no se acalora.

¿Yá quién culparás ahora?

— Yo echo la culpa á los *cómicos*

Y ellos me la echan á mí.

— Tú decías mil loores,

No ha mucho, de los actores.

— Pues bien, habré sido *victima*

De alguna intriga infernal.

Desde la primera escena,

Y por cierto que es muy buena,

Sentí levantado el látigo

Contra mi drama ¿qué tal?

Se renovó el aguacero

Al fin del acto primero,

Y eso que hay allí dos párrafos

Que parten el corazón.

Empieza el acto segundo

Y el público furibundo

Grita por todos los ángulos:

¡Basta ya! ¡Caiga el telón!

Prosigue, no obstante, el drama,

De nuevo la gente brama

Y... ¡qué confusión! ¡qué *estrépito!*

Otra torre de Babel.

Manda por fin el alcalde

Que cese el drama, y en valde

Reclamaba yo *frenético*

La promesa del cartel.

Pronto mi afán interpreta

Un *quidam* de la luneta

Y exclama: ¡Aquel *energúmeno*!

Es el autor!... ¡El autor!!!

¡Animas del purgatorio

Cual bufaba el auditorio!

Y yo allí firme, *impertérrito*,

En el campo del honor, etc., etc.

Siento renunciar á copiar el resto de esta bellísima relación como renunció á citar muchos trozos de *EL QUE DIRÁN*, de *TODO ES FARSA EN ESTE MUNDO* y de otras comedias en que el señor Breton ha dado muestras de la difícil facilidad en que no tiene rivales.

Pero como indiqué al principio de este artículo, "el eminente poeta de que voy hablando, ha tenido que luchar no solo contra los caprichos de la moda que á veces usurpan el título de escuelas literarias, sino también contra el espíritu de pandillaje que nunca repara en los medios cuando se propone algún fin. Los enemigos ó envidiosos de los triunfos tan legítimamente obtenidos por don Manuel Breton de los Herreros hicieron, por último, lo que habian hecho también los enemigos ó envidiosos de la popularidad de Zorrilla. Unos y otros comprendieron que para derribar á las personas que en géneros distintos absorbían todo el culto público, era necesario sustituirles otras, profanando así el templo de las letras con una especie de idolatría que no tenia siquiera para su disculpa el menor asomo de sinceridad entre sus sacerdotes. Los enemigos de Zorrilla proclamaron como el solo poeta lírico de la época á don José Espronceda, y los adversarios de Breton presentaron á Rubí como el prototipo de los poetas cómicos, injusticias que nunca el agraviado perdona y que solo la posteridad olvida ó disimula. A este mismo medio, como dice Víctor Hugo, apelaron también los contrarios de Mirabeau, concediendo á Barnave en su tiempo el cetro de la elocuencia. Y es preciso convenir en que este sistema de comparaciones, tanto mas sensibles cuanto son mas injustificables, es el mas á propósito para herir el amor propio de un autor.

Cuando llegue el caso diré lo que en mi concepto valen las obras de Espronceda consideradas en su cantidad y en su calidad respecto de las de Zorrilla. Por ahora debo fijar solo mi atención en el paralelo de los señores don Tomás Rodríguez Rubí y don Manuel Breton de los Herreros.

Cansado estaba este último de recoger laureles legítimamente ganados, cuando en los liceos ó sociedades literarias de la corte se presentó el señor Rubí llamando la atención de un modo particular con algunas leyendas andaluzas, que si carecían de fluidez y armonía en la versificación, no estaban desprovistas de cierto interés realizado por la verdad de sus descripciones y por la naturalidad de sus chistes. Todo el mundo aplaudía con razón aquellas composiciones, y el señor Rubí fué unánimemente considerado, si no como un genio, al menos como una estimable especialidad en el género de poesías andaluzas que publicó con general aceptación. Pero nadie sospechó que el autor de aquellos romances sostenidos principalmente por las gracias de dialecto, y mas que todo por la novedad, llegase nunca á ocupar un puesto importante entre los autores dramáticos.

El teatro, sin embargo, era entonces, y creo que lo será siempre, la piedra de toque de los poetas, no solo porque sus triunfos halagan mas que otros á la ambición humana, sino porque su gloria es también mas lucrativa. El señor Rubí abandonó sus composiciones andaluzas en que era una notabilidad, y se dedicó á escribir comedias, en lo que nunca ha pasado de una pobre medianía. Respeto las razones que este señor pudiera tener para dejar lo cierto por lo dudoso, pero séame permitido decirle ahora, y demostrarle mas adelante, que erró la vocación, buscando en el teatro una celebridad sólida y duradera.

Inauguró pues su marcha con algunas comedias de costumbres, figurando entre ellas *Del mal el menos*, *Toros y cañas*, y *El rigor de las desdichas*, que tuvieron todas el peor éxito posible, esto es, la desgracia de no merecer elogios ni censuras, porque para toda persona que sabe estimarse en algo, la reprobación es preferible á la indiferencia. Así lo comprendió el señor Rubí sin duda, y abandonando enteramente el terreno en que no podía rivalizar con Breton, ensayó el género que los articulistas de fondos han llamado *alta comedia*. Diré ántes de pasar adelante, que los pedantes de nuestra época han creado esta categoría, elevando á ella no las producciones recomendables por el desarrollo de un principio moral, político ó religioso, sino por intervenir en su acción personajes importantes, como embajadores, ministros y príncipes. lo cual quiere decir que las mejores obras de Molière estimables siempre por su fondo, inimitables por sus caracteres, admirables en fin por el conjunto de facultades verdaderamente maravillosas que en ellas desplegó el autor, no habiéndose remontado á la región de los diplomáticos y de los reyes, pertenecen desde luego á la humilde clase de la *baja comedia*. Tal es la lógica de los llamados amantes del buen tono. Ahora bien, Rubí entró en el buen tono desconociendo las costumbres de la clase media á que pertenecía, quiso pintar las de la alta clase que ni siquiera habia frecuentado. Hizo, pues, comedias atestadas de elevados personajes que hablaban un lenguaje inusitado, impropio, inconcebible; y mezclando en sus planes intrigas palaciegas tan inverosímiles como su lenguaje, mereció de sus amigos ser considerado como rival de Scribe en la comedia política. La gente que tiene predilección por un género, bien ó mal desempeñado, no sabiendo apreciar la bondad en los demás, vió que Rubí hablaba de embajadores mientras Breton se ocupaba de

la clase media, y por esta sola circunstancia presentó en competencia con Breton, excelente pintor de costumbres plebeyas, á Rubi, autor sin colorido y dibujante imperfecto de las costumbres aristocráticas.

Esta es en mi concepto la rivalidad que mas ha debido atormentar al señor Breton de los Herreros como dicen que ofendía la competencia de Barñave, hablador discreto, pero sin genio, á Mirabeau el orador mas elocuente de los tiempos modernos. Pero hacen muy mal los grandes hombres en tomar pesadumbre por esos tropiezos con que la envidia intenta inútilmente siempre atajar su carrera. Las generaciones que apenas conocen ya el nombre de Barñave repiten de memoria las palabras célebres de Mirabeau, y la posteridad algun día, ignorando tal vez que haya existido Rubi, recitará de memoria los admirables versos de Breton. Aquí concluyo con el señor Breton de los Herreros, no porque este señor no merezca un juicio critico mas extenso, sino al contrario, porque si fuese á dar una idea de todas sus obras, tendría tarea para todo el año; pues como sabe todo el mundo, el señor Breton tan notable por su prodigalidad como por su corrección, cuenta en su repertorio próximamente un centenar de producciones dramáticas sin perjuicio de las poesías líricas y otros trabajos que ha dado á luz en su larga carrera literaria. Diré en resumen que los que quieran ver buenos versos, saborear buenos chistes y sobre todo cultivar la hermosa lengua Castellana, lean las obras de don Manuel Breton de los Herreros.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

El verdadero autor de los misterios de la vida parisiense es M. de Balzac. En esa obra gigantesca, fruto de veinte años de trabajo continuo, intitulada la *Comedia Humana*, Balzac ha sabido pintar con una minuciosidad sin ejemplo los mil detalles de la vida moderna en esta Babilonia del siglo XIX, donde todo abunda, lo mismo los crímenes que las grandes acciones, y donde hay tantas lágrimas como felicidades y alegrías. Sin embargo, aun en las esferas mas limpiadas de la ventura humana, Balzac, armado con el fatal escalpelo del análisis, halló justificadas estas palabras de un sabio autor alemán de nuestros días: «La vida no es una comedia, es un drama trágico sin intermedios.»

Estas reflexiones nos vinieron á la idea el jueves último al leer en los periódicos el siguiente caso, que parece sacado de las obras de aquel autor ilustre:

Existe en el barrio latino (el barrio de los estudiantes) un café de aspecto miserable, cuyos parroquianos son unos pocos alumnos de las escuelas, que despues de haber trabajado todo el día, acuden allí á buscar sus únicas diversiones, que consisten en jugar al dominó el café y la copa de aguardiente.

El susodicho dominó, que parece haberse inventado en ese café tan antiguo y pobre es su aspecto, se juega sobre unas mesas de mármol ceniciento, y en todas ellas se ve un botecillo lleno de polvos para regar con ellos la mesa de cuando en cuando, á fin de absorber con ellos la humedad que las manos comunican á las fichas. Por lo comun, en todos los cafés de París este polvillo es simplemente serrin de madera blanca, pero en el café en cuestion acostumbran hacerlo con pan rallado.

Dos hombres jóvenes aun, y miserablemente vestidos, aunque con limpieza, parecían haber elegido este café como punto ordinario de reunion. A la hora de comer, llegaban todos los días uno despues de otro, se sentaban á la mesa de juego que se hallaba mas cerca de la estufa, pedían cada uno una copa de aguardiente, y se estaban allí jugando al dominó hasta las once de la noche. Cuando llegaba el momento de retirarse, desaparecían sin ruido ninguno, pero el dueño del café notaba que el bote del pan rallado siempre que se marchaban quedaba vacío.

El lector habrá adivinado ya que esos dos pobres jóvenes iban al café á comer las migas que debían echarse sobre el mármol. Reducidos á sus últimos recursos, se hallaban en la alternativa de comer un pedazo de pan y de meterse luego en su fría y obscura bohordilla, hasta la hora del sueño, ó de recurrir al medio de que hemos hablado, esto es, de comer pan molido, y beber un poco de aguardiente junto á la estufa.

Cuando el dueño del establecimiento descubrió la idea que aquellos dos jóvenes habían hallado para suplir su comida, tuvo cuidado de esperarles, y aparentando que improvisaba su generosa accion, les convidó á comer con él varias noches seguidas. Este medio tan delicado de socorrer aquellos dos infelices, le salió bien durante algunos días, y ya el amo del café se prometía que sus dos parroquianos aceptarían hasta tiempos mejores sus convites, cuando las visitas de estos al café cesaron súbitamente.

Despues de haber esperado algunos días, el dueño del establecimiento principió á entrar en temor sobre la suerte de los dos amigos, y llegó á franquearse sobre este punto con otros parroquianos del café; empezáronse las averiguaciones, y acabó por descubrirse el domicilio de uno de ellos. Aquella misma noche fueron allá, y entrados en la bohordilla, encontraron á uno de los jóvenes sentado en su catre de tijera, donde el otro estaba extendido ya sin vida.

El que sobrevivía se hallaba tambien próximo á la muerte. Como es de suponer, el desgraciado joven que estaba aun en vida, recibió los mas tiernos socorros hasta que volvió al uso cabal de sus sentidos.

Despues de haber acompañado al cementerio los restos mortales de su pobre amigo, el joven dió algunas explicaciones sobre esta dolorosa muerte, y sobre las desgracias que ambos habían sobrellevado juntos. En vez de seguir los cursos de la Facultad donde debían hacer sus estudios, habían escrito entre

los dos varias obras que por desgracia no habían podido vender en ninguna parte. Sus familias les habían quitado la pension que les pasaban, y ellos habían soportado con valor la mala fortuna, vendiendo cuanto tenían poco á poco para comprar un pedazo de pan cotidiano, que era su único alimento.

La compasion del dueño del café vino á poner un término á sus privaciones, pero tambien descubrió el incógnito con que ocultaban su miseria, y ellos avergonzados resolvieron no volver á salir de su bohordilla, esperando en ella la muerte con una resignacion estoica.

Cuando llegó el dueño del café á su miserable habitacion, el uno había espirado ya como hemos dicho, y el otro estaba casi en la agonía; pero á este han podido obligarle á que acepte socorros, á cuyo beneficio podrá satisfacer en adelante su pasion á la literatura.

El mismo día que los periódicos de París publicaban este horrible suicidio, entre los programas de teatros y las frivolidades de la crónica parisiense, las calles se hallaban inundadas de gente en celebracion de esa postdata del carnaval que se llama la *Mi-Carême*. El tiempo estaba magnifico para la estacion en que nos hallamos; el sol parecia que queria calentar á la muchedumbre, aunque, á decir verdad, esto no pasó de las intenciones.

Muchos carruajes llenos de máscaras llamaron la atencion pública; pero ¿cómo se engañarian nuestros lectores si creyeran que estas máscaras son como las que se ven en nuestros países, alegres cuadrillas de jóvenes, disputándose á porfia el triunfo de lo feo en sus disfraces, pandillas de estudiantes corriendo la tuna y requiebrando por dos cuartos á las muchachas que ven en los balcones, con acompañamiento de pandereta y de guitarra, dos instrumentos indispensables para la ejecucion de la música estudiantina! No por cierto; las máscaras del jueves último reasumían admirablemente, por el contrario, nuestra época de avaricia mercantil; no eran otra cosa que anuncios ambulantes, lo que llaman en francés *reclamos*. Una carroza cubierta de guirnaldas y atestada de mosqueteros, de guardias de Luis XV y de payaso, llevaba escrito en flotantes banderolas el nombre y las señas de un fabricante de betun para el calzado. Otro carro por el mismo estilo, y lleno de oropeles, pregonaba la superioridad de una fábrica de velas de sebo; otro anunciaba una roperia, etc., etc.

Preciso es haber vivido en París para conocer el descaro y astucia que desplega el comercio en sus anuncios. Por eso las cosas buenas escasean mas cada día; un frac que dure un año es un fenómeno en que pocos creen; ¿qué dirían de esto nuestros abuelos que se transmitían los vestidos de padre á hijo! Pero esto no hace nada; los industriales, á falta de conciencia, meten ruido.

Todo el mundo en París sabe la historia de un famoso médico que, para crearse una buena parroquia, tenía lacayos pagados cuya única ocupacion consistía en irle á buscar cuando se hallaba de visita en alguna casa.

— Señor doctor, le decían muy asustados, la señora duquesa de *** ó la princesa de *** se está muriendo. Solo Vd. puede salvarla, y le está llamando á Vd. á voces en su delirio. No hay tiempo que perder; el coche está abajo; vamos pronto.

Y sin embargo, este medio de hacerse célebre, que antiguamente se consideró como un rasgo maquiavélico, no excitaria hoy mas que desden en el ánimo de nuestros embaucadores modernos.

— ¡Qué pobreza de invencion, dirían; eso es la infancia del arte!

Y en efecto, vaya un hecho mas reciente, y compáremos.

Un joven pintor muy poco conocido y enemigo declarado del trabajo, ha inventado esta semana última una chistosa estratagemata para llegar á la celebridad: se ha hecho asesinar por unos ladrones. Los detalles de este crimen publicados por los periódicos eran horribles; nunca se vió cosa semejante en Italia ni en España, que es el territorio clásico donde acaecen tales espantamientos en las novelas.

— ¡Qué desgracia tan terrible! decían todos; ¡un hombre tan joven aun, y que manifestaba ya un talento tan grande! Es una pérdida irreparable para la pintura.

El anuncio de los funerales del malogrado pintor llevó á la iglesia donde se celebraban un gentío inmenso; pero, ¡oh sorpresa! la iglesia estaba desierta, y ni por asomos se descubria en lontananza nada que pareciera á un féretro. Por último, se supo que no solo el desgraciado pintor no había sido victima de los ladrones, sino que jamás ha sido atacado por alma viviente, y que disfruta de una salud perfecta.

Sin embargo, gracias á la popularidad que alcanzó su nombre mediante la estratagemata susodicha, logró que un amigo suyo vendiera á buenos precios una porcion de bosquejos y cuadros empezados, que dos días ántes nadie habría comprado por ningun dinero.

Ahora bien, ¿la historia del pintor es superior ó no á la del doctor en medicina?

Volviendo á las diversiones de estos días, debemos decir que despues de los bailes públicos y privados que hubo el jueves, las reuniones musicales han vuelto á seguir su curso en la alta sociedad que, conformándose con la abstinencia de cuaresma, tiene suprimidos por ahora los vales, polkas y contradanzas. Uno de los conciertos mas notables de este invierno, tuvo lugar el viernes en casa de la señora condesa de Obrescoff, extranjera por su nombre, aunque parisiense por el gusto y talento que la distinguen. Los honores de la noche fueron para el eminente artista señor Batta, que, de vuelta de su último viaje, se presentó otra vez en París, donde piensa pasar todo el invierno.

Pero en cambio de la liberal hospitalidad que se concede á los artistas en ciertas grandes casas, hay otra sociedad diferente, la de los simples particulares, donde se atrae á las celebridades con astucias y celos que demuestran una fecundidad de invencion de las mas raras.

Entre esas casas peligrosas que principian á conocerse y están ya señaladas en el mundo de los músicos, descuella una, muy agradable en todo lo demás, pero cuyos amos tienen la doble pretension de dar buenos conciertos y mejores socie-

des. Pero hay que añadir aquí, que si el mérito es doble como estamos viendo, el gasto no es mas que uno. Probablemente los fondistas cobran lo que envían, pero en cuanto á los artistas del concierto, estos trabajan gratis; la comida paga la música, lo que en último resultado es un desquite y un consuelo para los músicos aficionados al ejercicio.

Un joven artista de mucho talento y de mucha agudeza, que ocupa uno de los primeros puestos de la categoría de los violinistas célebres, recibió una esquila de convite para ir á comer uno de estos últimos días en esa casa. El billete estaba concebido en términos políticos y lisonjeros, de modo que el joven aceptó ignorando el peligro á que se exponía. Uno de sus amigos le advirtió, diciéndole:

— Convidan á comer al violinista. Al levantarte de la mesa hallarás en la sala ciento cincuenta ó doscientas personas reunidas para oírte. Te presentarán un buen violin; te pondrán el arco en la mano, y no podrás decir que no á las suaves instancias y á las lisonjas que lloverán sobre tí de las cuatro partes de la sala.

— No, pues eso no me acomoda, exclamó el artista, que es sumamente avaro de su talento.

— Entónces, contesta que no puedes ir.

— Tampoco; iré, comeré con ellos, pasaré la noche en la sala donde debe ir una persona que me interesa ver, y no tocaré el violin.

— Te verás obligado á ceder.

— ¿Apuestas á que no?

Se hizo la apuesta.

Todo se hallaba prevenido, de modo que se realizaron los vaticinios del amigo del artista.

Los dueños de la casa habían anunciado á su concurrida reunion que tendrían la satisfaccion de oír al célebre violinista, y todos con la sonrisa en la boca y los elogios á la punta de la lengua, esperaban ansiosos al convidado. En efecto, este se presentó, tambien risueño, porque sabia el efecto que iba á producir, y á su aspecto se fruncieron todas las cejas, y se oyeron quejumbrosas exclamaciones.

El joven artista llevaba un brazo colgado de un pañuelo.

— ¿Qué tenéis en el brazo? le preguntaron.

— Me he caído, y me he torcido la muñeca, un accidente deplorable.

No había posibilidad de tocar el violin con una sola mano; pero quedaba otra, y esta sirvió para manejar el tenedor y la cuchara.

De esta suerte, el joven artista comió, pasó la noche, se burló de los indiscretos, y ganó la apuesta.

Terminaremos nuestra historia semanal contando á nuestros lectores un hecho de valor inaudito de un joven de 13 años, que ha sido recompensado con un obsequio enviado por el Emperador de los franceses.

Victorina Barthe, aldeana de un pueblecillo del departamento del Lot, y apenas de la edad que hemos dicho, había mostrado una energía y una presencia de espíritu notables en medio de las sangrientas peripecias de un drama que se terminó últimamente ante los tribunales con la condena á cadena perpetua de un malhechor que era el terror de la comarca. Cuando se presentó á declarar como testigo, Victorina contó los pormenores y circunstancias de la fechoría en que había tenido tan buena parte, con una modestia tan grande, que hubo de realzar hasta lo sumo el precio de su accion.

Todo el que estuvo en la sala de audiencia en aquel momento se conmovió, tanto el público como los magistrados, y el presidente del tribunal, junto con el prefecto del departamento, instruyeron al ministro del Interior de la conducta de Victorina Barthe.

La recompensa no se hizo esperar.

El Emperador otorgó á la joven, en testimonio de su accion, un relojito de oro, mandando que le fuese entregado solemnemente en audiencia pública, y además el ministro del Interior la envió una medalla de primera clase, con una gratificacion en dinero.

El domingo último fué el día escogido para esta ceremonia.

Desde muy temprano, el gran salon de la audiencia se hallaba invadido por una sociedad escogida, entre la cual descolaban muchas señoras, cuya presencia allí se explica naturalmente por sus simpatías hácia la heroína de la fiesta.

A la una, el presidente, seguido de las principales autoridades civiles y militares, entra y toma asiento en un sillón reservado. El prefecto tambien había querido entregar aquel mismo día á Victorina Barthe la medalla y la gratificacion que el ministro del Interior la enviaba.

Victorina se sienta en el puesto de los testigos entre su madre y su tía. La joven, objeto de todas las miradas, va vestida como las aldeanas de las campiñas francesas; en su actitud no hay alteracion ninguna, á pesar de la atencion general que sobre ella recae; sus facciones manifiestan una timidez que contrasta con el acto de valor que debe ser recompensado.

Sentados todos los miembros del tribunal, el presidente, en un largo discurso improvisado, recuerda las circunstancias que acompañaron el hecho valeroso que el Emperador ha querido premiar públicamente.

« Victorina, dijo el magistrado, tiene hoy menos de 14 años, pero hay un alma viril en esta criatura. Habita con su familia el antiguo castillo de Gaillac, cuyas ruinas sirven tambien de asilo á otras dos familias, cuyos jefes ó cabezas de ellas se llamaban Albarel y Fan, Albarel, hombre violento y peligroso que estaba constantemente en guerra abierta con sus vecinos.

» En la noche del 11 de agosto último, en medio de los últimos truenos y relámpagos de una fuerte tempestad, se oyeron al pié de los muros del castillo unos gritos que decían:

— « ¡Socorro! ¡han matado á mi mujer, estoy perdido, Albarel nos ha asesinado! »

» Era la voz de Fan; Fan y su mujer no habían vuelto á su habitacion cuando estalló la tempestad, de modo que el asesino había debido esperarlos en un sitio aislado lejos del castillo.

» Al nombre de Albarel, los padres de Victorina permanecie-

ron atónitos de espanto, tan grande era el terror que inspiraba su nombre. Solo Victorina saltó de la cama, y precipitándose en el cuarto de su padre, dijo: »

— « Salga Vd., padre.

« Este titubea, porque Albarel está armado sin duda, y en la mañana de aquel mismo día había levantado la mano á su propia mujer.

— « Salga Vd., padre, con la escopeta, y si no voy yo; no quiero que se diga que ha muerto á nuestras puertas un hombre sin socorro. »

» La jóven alienta al padre; Barthe corre á socorrer á Fan

que, á pesar de su herida mortal, se hace llevar al sitio donde ha dejado su mujer espirante.

» Victorina se puso á la ventana de una torre, atenta al menor ruido... De repente ve venir rápidamente un hombre hácia el castillo, y entonces, á pesar de las instancias de su madre, se coloca de centinela cerca de una puerta desvencijada, por donde debía pasar Albarel para entrar en su casa, si es él el autor del crimen. Un instante despues oye el ruido ligero y lento de los pasos de un hombre que sube la escalera; siente el resuello comprimido de su agitado pecho. Cuando llega á la puerta contra la cual tiene aplicado el oido, casi está tocando

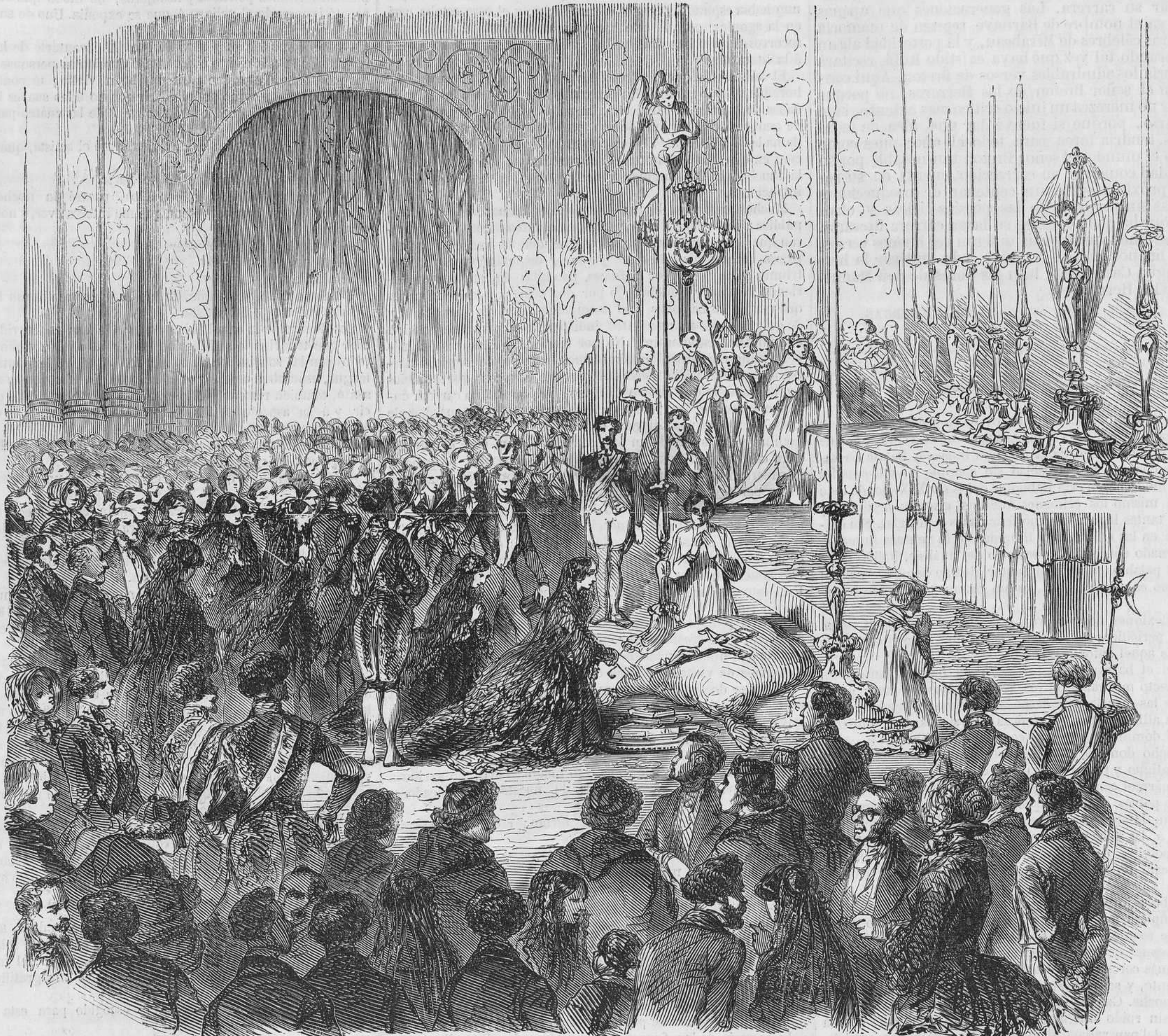
al asesino. ¡Ay de ella si el menor movimiento hubiese dado á conocer que estaba allí! Por último, oye abrirse y cerrarse una puerta: era la de Albarel.

» La justicia ha castigado ya al culpable.

» El animoso lenguaje de Victorina hizo que su padre acudiera al socorro de las víctimas y en persecucion de Albarel; su valor y su presencia de espíritu sirvieron para coger despues al asesino en su retiro. »

Despues de este discurso, la heroína recibió las recompensas que hemos dicho, en medio de las aclamaciones de los asistentes.

MARIANO URRABIETA.



Semana-Santa en España. — Adoracion de la santa cruz.

Cantos populares de Suecia.

EL CASTIGO.

— Si todas estas montañas fueran de oro, si todas estas olas fueran de vino, todo lo daría por tí, mi única amada.

— Si es cierto lo que me dices, si quieres ser mi amado, sígueme á la morada de mi padre y pídele dignamente mi mano.

— Ayer estuve en casa de tu padre. Me ha respondido que no. Amada mía, no tomes otro consejo que tu deseo, y sígueme á mi país.

— Si no tomé mas consejos que el que me dé mi deseo, y te sigo fuera de mi patria, cuando lleguemos á un país extranjero, me engañarás seguramente.

— No engañaré al Cristo enclavado en la cruz, y menos te engañaré á tí.

Pero cuando llegaron á un país extranjero, el infiel escogió otra novia.

Cogió su pañuelo, y pegándolo á la jóven en el rostro, la dijo:

— ¿Porqué has dejado tu patria con un caballero ántes de que se hubiera casado contigo?

— Si vivo el tiempo suficiente para superar mi dolor, llegaré á ver el día en que vendrás á mi puerta pobre y miserable.

Si llego al tiempo en que venza mi pena, te veré venir ciego y parálitico á la morada de mi padre.

— Vivirás bastante tiempo para superar tu dolor, pero no para verme pobre y miserable.

— ¿Cómo he de llegar ciego y parálitico á la morada de tu padre? Tengo una silla de oro puro y unas bridas de plata brillante.

Y despues de siete años y siete dias, Dios oyó los ruegos de la jóven. Llega á su puerta un mendigo que pide un pedazo de pan.

— Levantaos, hijos míos, levantaos, y sostened á vuestro padre. Recuerdo aun perfectamente los dias en que fué mi amado.

— Levantaos, hijos míos, levantaos, y dad pan á vuestro padre. Recuerdo aun perfectamente los dias en que galopaba sobre una silla de oro rojo.

La jóven cogió un pañuelo, y pegándole al mendigo en el rostro, le dice:

— ¿Porqué has dejado tu patria con un caballero ántes de que se hubiera casado contigo?

EL DOLOR DE ROSALÍA.

Rosalía está sentada en su estancia. Amargo llanto corre por sus mejillas. Entra su madre y la dice:

— ¿Porqué están tan húmedos tus ojos?

— Tengo un gran motivo para llorar y tener encarnados los ojos. He sabido otra vez que ha muerto mi amado.

— Si has sabido otra vez que ha muerto tu amado, ¿porqué no me has hablado de él ántes de ahora?

— No puedo ocultaros la verdad. El rey Olaf me ha robado mi honor.

— Si el rey Olaf te ha robado tu honor, ¿qué te ha dado por él?

— Me ha dado una arpa de oro, encargándome que la toque cuando esté triste.

— Si el rey Olaf te ha robado tu honor, toma lo que te pertenece y véte lejos de mí.

Rosalía mete oro en algunas bolsas. Amargo llanto corre por sus mejillas. Se va al bosque y quiere descansar un momento. Toma su arpa de oro, y necesita tocarla porque está muy triste.

El rey Olaf está asomado á una ventana, y oye el arpa de oro de Rosalía.

— Oigo mi arpa de oro. La pobre Rosalía está muy afligida.

Rosalía se acerca á la morada del rey, y encuentra dos pajecillos.

— Escucha, niño, ¿está el rey en su morada? Dimelo.

— El rey está en su elevada estancia, y no piensa en una pobre muchacha como tú.

Rosalía abre la puerta. El rey Olaf la mira con ternura.

El rey Olaf pega en los cojines azules. — ¿Quiere Rosalía descansar aquí?

— No tengo sueño y no estoy cansada; pero he sufrido por tí la angustia y el desprecio.

— Si has sufrido por mí la angustia y el desprecio, no dudes, no dudes que serás mas feliz.

El rey Olaf sienta á Rosalía en sus rodillas, la da anillos de oro, y se desposa con ella. Coge á Rosalía en sus brazos, la da la corona de oro y la nombra reina.



El mes de Maria.

De Gibraltar á Lisboa.

VIAJE HISTÓRICO.

Ibamos en una balandra sarda, cargada excesivamente de trigo, y sumergida en la mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitán componían toda su tripulación; pero en cambio, encajados y embutidos como guantes en nuez, tropezábamos unos en otros hasta veintinueve pasajeros, entre ellos veintuno catalán de lo más rústico y montaraz del Principado, tres mujeres, un comisario de guerra, atrabiliario y colérico como un puerco espin, y mas puntiagudo que una aguja inglesa. Componíamos el resto dos pasajeros tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podían haber elegido peor compañía para su gemo: mi compañero, hombre de pocas penas y aventurero atrevido, y yo que, llevado de mis instintos de ver mundo, había dejado mi casa sin dar cuenta á nadie, y contaba apenas diez y siete años. Una de aquellas mujeres no he podido averiguar nunca de qué país era, solo sí que juraba y maldecía con unción satánica y maestría inimitable en todas las lenguas del mundo. Era una torre de Babel cuando se entretenía en blasfemar, que fué toda la navegacion hasta que murió, y llevaba en esto ventaja á los catalanes. Venía enferma, y parecía al espíritu maligno. Estaba casada con uno que había hecho la campaña de Rusia con Napoleon, y parecía hombre cachazudo y de empeño. Pocos hombres ha criado Dios de menos entendimiento. Sin duda en sus viajes encontró en ella la mujer de sus ilusiones, y contrajo aquel enlace para sosegar su corazón enamorado. La verdad es que había encontrado su media nuez, como suele decirse. Las otras dos mujeres, si pertenecían al bello sexo, era mas por el sexo que por lo bello.

No he sabido nunca quien ajustó el pasaje, ni como nos encontramos reunidos en tan corto espacio de tablas tantos hermanos y tan benditos de Dios. Dijéronme que uno se había encargado de todo, con la bondad de un padre; que Dios le dé á él tan buenos hijos como allí íbamos, en pago de su buen deseo. Así mismo aquel hombre bondadoso se había encargado de la provision de víveres para nuestro sustento durante la travesía, porque el patron solo se encargó de trasportarnos como á maletas. Nada hay mas santo que la pobreza, y no creo que los lectores no hayan adivinado ya que los que allí íbamos, de todo teníamos menos dinero. Yo creo que era el mas rico, y bien sabe Dios que no me sobra nada. Pero siempre me he picado de teson: había emprendido la carrera de emigrado y viajero sin consultar á nadie, y las ilusiones suplían por las cantidades. Loado sea Dios que con tantas ilusiones me echó al mundo, no tanto para mi provecho como para diversion suya, que se ha entretenido en irmelas quebrando una por una.

El hombre es animal sociable, y nada hay mas grato ni gustoso que una sociedad escogida. De esto sí que no podíamos quejarnos; buscados uno á uno de los que allí íbamos con una cerillita, no se podía haber compuesto sociedad mas amable. Verdad es que casi ninguno nos conocíamos antes; pero ¿qué importa eso para amarse cuando hay simpatías? Lo mismo fué vernos allí, puesto ya el buque en franquía, empujándonos (tan anchamente íbamos) sobre cubierta, cuando se apoderó de todos nosotros la mas encantadora desesperacion, y desplegaron el genio mas indulgente y suave que puede imaginarse, el de mas imaginacion. No parecía sino que el mismo demonio nos había engendrado en uno de sus mas infernales arrebatos. Mirámonos todos como si nos fuéramos á devorar, y hasta los viajeros pacíficos parecía que les picaban con alfileres de á ochavo. El primero que armó pendencia fué el colérico comisario, sobre si había lugar ó no bastante para estar de pié; y habiéndole respondido uno de los catalanes que podía haber tomado un navío de tres puentes para él solo, fué tanta la cólera que le dió, que tiró sin mas ni mas de un espadín de ceremonia que por decoro ceñía, y se arrojó sobre él á atrevesarle de parte á parte. Desenvainó el otro una navaja de á cuarta, alborotámonos todos, izó el patron bandera de socorro, pidiendo favor á los buques que había en el puerto, sujetámonos como podimos al catalán y comisario, que ni aun reñir podían por falta de espacio, y esta fué la primera jarana, apenas habíamos puesto pié en el buque. Yo, como tenía pocos años y ninguna experiencia, no cesaba de bendecir á Dios, que en tan buen camino de aprender me había puesto. Seguimos con el mismo amor, y aquella noche la pasamos como pudimos unos sobre otros, hasta el día siguiente que la balandra se dió á la vela. Allí fué ella: todos nos mareamos, y como había tantas comodidades, era aquello una delicia. Los catalanes culpaban al patron de que hacia vela en rumbo á España para que nos fusilara Fernando VII, y querían matarle; el comisario no podía sufrir que en lo mas mínimo se le faltase al decoro, y mascaba cóleras y reñía á cada paso. Pero lo bueno fué cuando llegó la hora de comer.

Consistían las provisiones que aquel hombre providencial había comprado para la travesía, en un bacalao que, como suela de zapato, se resistía al diente, y sabroso como una salmuera; en unos sacos de unas guindillas para avivar el apetito, que parecían carbones hechos ascua, en el color y el sabor, y en unas largas ristras de ajos, que así alegraban la vista como contentaban el ánimo, por si faltaban estimulantes que añadir al arroz, que mezclado y compuesto con todo lo

dicho, componía un rancho capaz de irritar y convertir en condenado al santo mas sano y honrado de toda la córte celestial. Figúrese el lector, comida semejante cómo pondría á unos hombres que al entrar en aquel malhadado barco habían quedado solo con el bastante amor para no despedazarse unos á otros. Sobre todo considérese la ira que se apoderaría del comisario, que aun ántes de probar bocado no podía aguantarse á sí mismo.

Dividímonos todos en diferentes rancherías, y con cucharas de palo dimos principio, puestos en torno de las cazuelas, á abrasarnos vivos. A cada bocado era de ver el prodigioso trastorno que se operaba en las fisonomías. Las mejillas se ponían rubicundas, los ojos se encandilaban y enfurecían, los labios se hinchaban y encendían, sudábamos copiosísimamente, y abríamos carleando las bocas, buscando aire que refrescase el paladar. Pues interiormente... cada uno de nosotros llevaba un volcan en el estómago. Comer lava del Vesubio hubiera sido mas fresco. Los nervios, rígidos y tirantes, crujían como cuerdas de guitarra; tal nos apretaba todas las clavijas de nuestra máquina, la untura de picante y salmuera con que nos regalábamos. Llegó la hora de beber, y si sana y suave era la comida, la bebida no le iba en zaga. Destapáronse unos frascos de Ginebra, la mas torcida; áspera y endiablada que había podido hallar nuestro bendito y paternal abastecedor. Dios no le dé á él jamás otra bebida.

Yo estaba aguardando á ver cuando empezábamos á arrojar llamas, y mas de una vez temí la combustion espontánea. En esto uno de los catalanes dijo que no había comido ni bebido mejor en toda su vida. Respondió el comisario con la lengua trabada, y jadeando de calor, la boca hecha ascua, y los ojos fuera ya de sus órbitas, que era menester ser un bestia para decir aquello. Contestóle el otro diciéndole que él le parecía muy delicadito. Repuso el comisario, y todo esto con mucha furia, que no era nadie capaz de resistir mas que él, y que en caso necesario comería pedernales. Respondió el otro, mezclámonos todos en la conversacion, y concluimos por tirarnos las cazuelas, y aborrecernos mas si era posible. Yo me fui luego á una cuba, y me harté de agua, y ni aun así podía respirar sin quemarme las encías.

La mujer cosmopolita, dulce mitad del veterano de Rusia, ya estaba enferma: la comida la produjo una inflamacion horrible de vientre. Dijeron todos que aquello no sería nada. A mi compañero se le ocurrió que algunas cataplasmas de harina de linaza la convendrían; pero como no se las hubiese aplicado de ajos molidos y guindillas picadas, no había otra cosa en el barco de que componerlas. Bajáronla al camarote, donde se tendió sobre unos baules. La infeliz juraba, que no parecía sino que se las quería apostar con Satanás en persona. Yo, que tenía entonces muchas mas ilusiones por las mujeres que tengo ahora, me convencí con aquello de que el amor y la ternura son dotes naturales del bello sexo.

Así pasamos aquel día y el estrecho de Gibraltar. Al anochecer, vuelta al rancho y vuelta á convertirnos en fraguas. Teníamos hambre, y teníamos la hora de comer. No sabíamos como hacer para distraernos. Al día siguiente vientos contrarios, y caminábamos bordeando. Pero al tercero fué lo bueno.

Había entrado la noche dos horas ántes á lo ménos de lo que debiera; tan cubierto y asombrado de nubes estaba el cielo, y no se veían los dedos de la mano. Las olas de la mar rugían calenturientas, como si hubiesen probado de lo que comíamos. De cuando en cuando nos deslumbraba un relámpago, que semejava á los de Lucifer, que se asomaba á las nubes. El barco iba tan cargado, que navegaba casi debajo del agua. El patron parecía cuidadoso, y yo casi descaba que nos anegáramos por no volver á comer mas picante. Temblaban los palos de la balandra temerosos de la tempestad. Mandó el patron recoger rizados, y oíase un ruido lejano, como el de una populosa ciudad amotinada. Cualquiera otro que no hubiéramos sido nosotros, hubiera sentido temor, solos en una avellana en medio del Océano, próximos á estrellarnos contra las rocas de San Vicente, y amenazando un temporal espantoso. El comisario y yo aquella noche no sabíamos donde hacer la rueda, como dicen vulgarmente. Parecióle al buen hombre, y me lo comunicó con afecto, porque á pesar de sus iras tenía buen fondo, que no había mejor sitio ni mas á propósito para descansar que la popa, mientras los otros se habían recogido en la cámara unos sobre otros, como podían, porque en la bodega no cabía mas que el trigo de que iba llena. Seguí su consejo, porque además de ser hombre de mas experiencia que yo, no me atreví á contestarle de miedo de que se irritara.

Poco tiempo permanecimos allí, y no manifestó mucho tino en la eleccion de sitio. Un maldito palo cruzaba por encima de nuestras cabezas, aferrado en lona, con tanto ímpetu, que recogidos y en cuclillas como allí estábamos, teníamos que bajar las cabezas cada vez que bramando pasaba sobre nosotros. A cada paso teníamos que agachar para que no nos desbaratara los cráneos con su empuje. Nos entró tal sufocacion y angustia con el continuo movimiento, que ni respirar podíamos. Por último, tuvimos que irnos de allí, y no sabíamos á donde. Propúsele bajar á la cámara: aunque allí nos ahogáramos de calor, tanto mas, cuanto que la tempestad empezaba ya, y comenzó á diluviar con tal furia, que estábamos ya hechos una sopa, y allí estorbábamos para la maniobra. Si permanecemos mas tiempo vamos al mar sin remedio. Las olas se llevaron la

obra muerta, y el viento quebro el maldito palo, causa de nuestra agonía. Recogímonos á la cámara, donde todos estábamos como almas en pena. Había en ella una estampita de san Genaro, y un farolito á sus piés daba una luz moribunda. La enferma, tirada sobre un baul, divertía sus dolores con sus blasfemias; á su lado estaba su marido sin decir palabra, con una cara que no había mas que pedir. Los demás revueltos y enredados unos en otros como los ajos de las ristras. Quedámonos el comisario y yo en la escalerilla hechos un ovillo.

Uno de los viajeros tranquilos, que había entrado gordo y estaba ya acartonado, no hacia sino vomitar. Las otras dos mujeres seguían su ejemplo. No sé qué se me ocurrió, que se lo comuniqué á mi compañero, y respondiome él algo que me hizo reír. Parecióle esto mal al esposo de la moribunda, y me preguntó si yo creía que aquella era hora de reirse. Contestéle con insolencia me dijese á qué hora le parecía á él que me había yo de reír, con lo que, sin mas ni mas, se dirigió á pegarme con el puño levantado. Los vaivenes del barco, que parecía un zarandillo arrebatado por las olas, la estrechez del sitio, y la mucha gente que estaba apiñada, le hizo perder el equilibrio y sacudir el golpe á uno de los catalanes. Encolerizóse este, y sacudió á otro, y enredámonos todos á golpes. Rompióse el farol, y se apagó la luz. No se oían sino maldiciones y los bramidos del mar. Parecía aquello el castillo encantado de la zarabanda, con lo de ande la zarabanda y de repiquen las campanas. En fin, sosegámonos porque no había otro remedio, y fuimos saliendo unos tras otros á cubierta.

Amanecía ya, y había amainado la tempestad, que no fué poca fortuna que durase tan pocas horas. Sacábamos unas caras que nos mirábamos con horror. En esto el sol salía de las olas, brillante de esplendor y belleza; la brisa fresca y apacible rizaba las olas mansamente, aunque algo alteradas de la pasada borrasca, y las nubes que quedaban acá y allá se teñían de color de grana. La balandra bogaba lentamente como una boya en medio de aquella sábana inmensa de agua. Respirábamos nosotros con codicia el aire suavísimo de la madrugada. A mí me pareció que habíamos salido del caos. Los sucesos de la noche pasaban por mi cabeza como desvaríos de una fiebre. Yo no cesaba de contemplar el sol, que poco á poco subía sobre un trono de nubes de fuego, esparciendo luz y alegría al mundo.

Las olas, reflejando sus rayos, parecían de oro. No me acuerdo en toda mi vida de mañana mas hermosa. Si no hubiera temido su mofa, en mi arrebatado hubiera corrido á abrazar á mis compañeros. Fué el único momento del viaje en que no los odié. Hacía rato ya que estábamos sobre cubierta, cuando vimos salir de la cámara, con el cadáver de su mujer al hombro, al esposo que atrapó aquella ganga en Rusia, y había hecho la felicidad de su vida. La pobre mujer sin duda había espirado entre los apretujones y puñetazos de la quimera de la noche pasada. Quizá habría alguno, descargando á bulto sobre ella, precipitado su muerte. Venía tan estirada y tiesa sobre su marido, y tenía tan contraída la boca, que se conocía había muerto profiriendo alguna de aquellas lindezas que tanto la habían agraciado en su vida. La cara del marido parecía de acero, con cierta mezcla de cólera y resignacion. La traía á cuestras, y no nos miró á ninguno; y llegando al borde del buque, la cogió en brazos, la miró un momento, le asomó apenas una lágrima que parecía no mojaba, y la tiró al agua diciendo *al avio*, y arrojóle redonda y seco. Las olas escondieron el cuerpo, volvió el marido tranquilamente la espalda al mar, y seguimos nuestra navegacion con la misma indiferencia que iba el buque cortando las olas. Yo no sé si envidié la suerte de aquella mujer cuando de allí á poco tiempo nos pusimos á comer. En fin, llegamos á Lisboa, que yo creí que no llegábamos nunca. Hicimos cuarentena, que fué tambien divertida; visitónos la sanidad y nos pidieron no sé qué dinero. Yo saqué un duro, único que tenía, y me devolvieron dos pesetas, que arrojé al rio Tajo, porque no quería entrar en tan gran capital con tan poco dinero.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Lo que se ve por la ventana.

Por de pronto yo saludo á mi ventana, como Alceo saludaba el barco que debía llevarle á los países desconocidos.

¡La ventana! A esta sola palabra, ¡qué de ideas vienen á agitarse en derredor mio! ¡La ventana! ¡Toda la juventud parisiense está aquí, la juventud avara de amor y de gloria! ¡Quién de nosotros, al lado de una chimenea, ó asomado á su ventana, no tiende el vuelo á su imaginacion, como el pájaro que abre sus alas, lanzándose al espacio? ¡Ah! ¡Entonces todas las mujeres que pasan ante nuestros ojos son bellas! ¡Todos los cuerpos se columpian; todos los labios temblorosos dibujan sonrisas placenteras!

Mas que mujeres son quimeras ideales. ¡Adorables quimeras de nuestros veinte años! ¡Con qué gracia esparcen los perfumes de la juventud al pasar por nuestro lado! ¡Dichoso, dichoso el que á los veinte años se apoya en su ventana en compañía de su cigarro y de sus ilusiones!

Si la dicha existe en alguna parte es indisputablemente en la ventana. Bernardino de Saint-Pierre lo ha

dicho cultivando aquel frenal célebre que fué para él un mundo durante toda una mañana.

Cuando no tengo nada que hacer, lo que tambien os sucederá á vosotros que leáis este libro, abro mi ventana y viajo. ¡Un viaje desde la ventana! Abrir la ventana ¿no es abrir el mundo? Tengo la ventaja sobre todos los demás viajeros de no saber á donde voy. Así ayer...; pero no es el viaje de ayer ni el de mañana el que quiero contaros, sino el de hoy.

La primavera nos deja aquí sus primaveras cuando se ausenta á través de las nubes. París está iluminado por cierto rayo de juventud. En las ventanas de las casas no hay ya sol; en los labios de las mujeres no hay mas que sonrisas.

Esta que pasa por debajo es en verdad encantadora, parece un retrato de Murillo. ¡Qué ojos ardientes, qué cabello negro! Es una española de París: se advierte á primera vista cual es su país por su desenvoltura. Al decir que es de París, debo advertir que pertenece al barrio 13°. Tiene el privilegio de vivir al aire libre; está vestida como quiere Dios. ¡Con qué alegría soporta la dichosa jóven su miseria! No tiene sombrilla ni sombrero para resguardarse del sol. Pero ¿es por eso ménos bonita? Como las flores ama al sol; el sol es su vida despues de su amante.

Héla allí que se para ante una ramilleteira que pregona sus flores. Un ramillete de lilas es para la niña una novela. ¡Cuántas veces ha abierto en el libro de su vida un nuevo capítulo, un ramo de lilas!

Se detiene delante de la ramilleteira como se para en todas las tiendas. — ¡Si yo tuviese dinero!... He aquí una exclamacion que hace mil veces al dia ante cada tentacion del lujo ó del placer. La pobre jóven del pueblo bajo no ha tenido jamás un luis.

Saca dos sueldos de su bolsa, y echa una mirada al ramo mas bonito de lilas de la banasta.

En este instante su mirada se encuentra con la de una pobre mujer, sentada en el portal contiguo, llevando á un niño que mama de sus pechos sin leche. A la vista de aquella cara pálida y extenuada por el dolor y la miseria, la bella jóven, antes tan alegre y vivaracha, se entristece notablemente. Aquella mujer, jóven todavía, es una hermana de infortunio: un solo paso separa estas dos existencias. — ¡Si yo la diese estos dos sueldos! — Al ménos advino este pensamiento en su fisonomía. Con gran sorpresa mia se vuelve hácia la cesta de flores. — Viéndola escoger las lilas y pagar á la vendedora, yo no preveía su sublime caridad. Respira el perfume de las flores, y se adelanta tristemente hácia la pobre madre sentada en la acera. — Tomad, señora, dice; y desaparece como un pájaro, ligera y feliz con haber halagado esta miseria con una sonrisa de la primavera.

De pronto se abre una ventana en frente de la mia: me parece que veo una habitacion del barrio de San German; es la misma donde hace dos inviernos *monsieur et madame de **** saborean la luna de miel. ¡Qué elegancia! ¡Qué perfume de buen tono!

El jóven vizconde sale á la ventana fumando un cigarro, y la linda vizcondesa se apoya en el hombro del fumador, leyendo un periódico. ¡El cigarro, el periódico! He aquí la vida de hoy. Antes se hablaba; hoy se lee... ¡Si el periódico tuviese al ménos tanta gracia como los charlatanes antiguos! La sociedad francesa no existe, gracias al periódico y al cigarro. Se acabaron las buenas maneras, las buenas costumbres y el buen estilo. ¿Cómo pensar con un cigarro en la boca? ¿Cómo se atreve uno á decir una palabra á gentes que han leído su periódico? Todo lo que se puede decir durante el dia ha sido impreso la víspera.

Prefiero alzar la mirada y el pensamiento tres pisos mas arriba. Me gusta mas esa bohardilla pintoresca que parece abrirse en el cielo. La ventura existe allí, si creo á esos tres tiestos de rosas blancas que una mano amiga acaba de sacar al sol. He estado mucho tiempo sin saber quien vivía allí. Veía todos los dias un jóven que salía á la ventana, y permanecía horas enteras en la inmovilidad de una estatua. Si le hubiera visto una vez siquiera con una pluma ó un lápiz, hubiese creído que era un poeta; pero tiene demasiado talento para eso: es un sublime perezoso que no pierde una hora de su vida en las mezquinas luchas del mundo. Diez años hace que piensa salir de su estado, y no se da gran prisa. Vivir con poco, al aire libre y en plena libertad; he ahí su filosofía. Gusta de las flores, las riega con delicia, y las respira con éxtasis aun cuando no tienen perfumes. Gusta de los pájaros, y he aquí que vienen á buscar las migas de su mesa. Los pájaros buscan la comida hasta en su mano. No ama solo á las flores y á los pájaros; yo entreveo en un ángulo de su pequeña chimenea una jovencita rubia que canta una aria de ópera cómica. Ahora se levanta para contemplar de cerca á los pájaros. Se acerca sin ruido; pasa su lindo cuerpo por entre los brazos del filósofo: esto es aprisionarse voluntariamente en las cadenas del amor. Mi filósofo no hace mas que bajar la cabeza para tocar con sus labios los cabellos mas hermosos del mundo. Ahora conozco que para contar mi viaje necesitaría un pincel en vez de una pluma.

¿Qué oigo? Los acordes de un piano. ¿De dónde saldrá ese sonido! ¡Qué he dicho! ¡Un piano cuando hay lo ménos 20 al rededor de mi casa! Yo mismo tengo siempre en el bolsillo la llave del mio.

Un coche se para en Santo Tomás. En el bonito pié que descende de él se conoce que pertenece á la aristocracia: en efecto, reconozco los caballos del marqués de ***. La marquesa entra en el bazar del lujo parisense. Voy á fumar un cigarro mientras ella escoge un

trapo. Apénas he encendido el cigarro, y ya sube otra vez al carruaje. Examina, con la curiosidad propia de una hija de Eva, la bata que acaba de comprar. La bata cae de sus manos; me parece que la oigo reír á carcajadas. Ya sé de qué. Acaba de encontrar en la tela un ramillete que un D. Juan Tenorio de tienda ha colocado misteriosamente: « Libertad, igualdad, fraternidad. » Los caballos piafan: el coche parte; adios, señora marquesa.

¿No es Lamartine el que veo allá bajo? Sí; nadie repara en él: parece un lugareño engalanado. La belleza vale mas que el genio, sobre todo en la calle. Ved, en efecto, como todo el mundo vuelve la cabeza para ver pasar esa linda muchacha que es la belleza en persona. Lamartine mismo se vuelve. — ¡Ah, señora, si supieseis quién es el que se ha vuelto á miraros!

Pero ¿á dónde va á estas horas? No me importa. ¡Qué negligencia oriental, y al mismo tiempo qué aire de inquietud! Me entusiasman sus ojos azules, que me recuerdan las mas puras creaciones de los antiguos maestros de Colonia. Héla allí que retrocede: ¿qué habrá olvidado? ¿Porqué levanta los ojos hácia esas dos ventanas donde flotan esas cortinas de seda?

Lo he adivinado. Un jóven de bigotes reforcidos y cabello ensortijado se apoya sentimentalmente en una de las ventanas, y hace señas á la bella desconocida, que baja la frente, se ruboriza y sigue por la acera: es que hay algun obstáculo. — Veo allá abajo, en esa ventana de la azotea no muy distante de las nubes, dos lindas muchachas que parece están en un jardin suspendido como en Babilonia.

Estas dos lindas niñas han mamado la misma leche. Son dos hermanas y dos contrastes; la una se llama Juana, la otra Magdalena.

Juana cuida las flores y Magdalena las ege.

Magdalena está siempre mirando al espejo: lo que Juana quiere mas en el mundo es á... Magdalena. — ¿Veis, allá abajo, aquella niña tan adornada cómo llama la atencion de los paseantes? Es Magdalena.

¿Veis mas léjos esa franca y espiritual belleza, de mejillas de color de rosa? Mis ojos se fijan en ella con admiracion, y la he dado el nombre de la *loca de casa*. Camilo Roqueplan ha retratado su preciosa figura.

Esa es Juana.

¿A dónde van las dos hermanas? Van á donde las lleva su poesía, pues la poesía es como el aire, llena todo el mundo.

Juana va alegremente á las afueras á encontrar á su amante, que se casará con ella ante un sacerdote.

La pobre Juana será apaleada; sufrirá todos los dolores de la maternidad y de la miseria; pero amará su familia. Amará á todos los que hayan dormido en su seno, y amará por último al que dos veces á la semana entrará borracho, y la pegará si no está contenta.

Amará á su esposo y á sus hijos, y Dios será con ella.

Y Magdalena, ¿dónde va?

Va á buscar al estudiante que fuma un cigarro y se retuerce el bigote. Va á ajustar un vestido de volantes y un sombrero lleno de flores y cintas... Despues de esto irán á bailar á la Chaumière; despues irán á cenar.

Despues irá á todas partes, excepto á su casa: en el lecho que protegía su inocencia estará su hermana sola y triste.

Magdalena, como el hijo pródigo, desperdiciará todos los tesoros de su corazon y de su juventud, sin encontrar jamás un hombre que la ame verdaderamente, hoy ni mañana.

Correrá siempre para huir de sí misma, porque Dios no será con ella.

Y un dia se encontrarán las dos hermanas; y viéndose medio desnudas, la madre fecunda dirá á la mujer estéril como la voz de la Escritura:

« Tú no has abrazado mas que al viento, ni has escrito tu nombre mas que sobre las olas: cierra, cierra tus ojos moribundos; yo los abro con orgullo, porque veo los labios de mis once hijos. »

Carlos Grandemange,

MATEMÁTICO MENTAL

Nacido sin brazos y sin piernas.

La naturaleza es ingeniosa y maternal, hasta en sus aberraciones y en sus rigores. He ahí un pobre muchacho para el cual ha sido madrastra, condenado á vivir sin órgano alguno de locomocion, en una pequeña caja de algunas pulgadas en cuadro. Pues bien, este tronco humano ha recibido en cambio de la falta de brazos y piernas, una facultad tal de abstraccion y de cálculo, que sería difícil citar ejemplo mas extraordinario; no parece sino que todas las fuerzas vitales, privadas de expansion, se han refugiado en su cabeza y reducido, obrando en él el desarrollo mas admirable de una facultad matemática, verdaderamente sin rival.

Dejémosle contar á él mismo en pocas líneas las primeras circunstancias de su vida, y aquellas en las cuales ha crecido la vocacion precoz á que debe facultades tan sorprendentes. He aquí unos apuntes escritos por él mismo.

« Nací el 10 de junio de 1835 en Epinal, sin brazos ni piernas. Por órden de los médicos me tuvieron du-

rante quince dias oculto á las miradas de mi madre; habiéndose preparado para que supiera la desgracia que tenia conmigo, me confiaron á su cuidado. Cuando comenzó á fajarme, solo pesaba algunas onzas; parece que mi nacimiento fué acompañado de presagios siniestros; llegado al mundo mutilado de tal manera, ¿qué esperanza podia haber de mi porvenir? Desciendo de una familia de obreros laboriosos y honrados, pero pobres; mi padre, de oficio carpintero, apénas podia ganar para cubrir todas las necesidades de cuatro hijos, aunque mi madre le ayudase por su parte trabajando. A fuerza de cuidados y de cariño, consiguieron que llegase á una edad en que en medio de la constante inmovilidad en que vivo, tuve alguna intuicion vaga del talento especial con que me ha dotado la Providencia en cambio de las privaciones que experimento.

« M. Pelicut, cirujano de mi pueblo, y M. Haso, cirujano mayor del regimiento de caballería de guarnicion en Epinal, que habian asistido á mi nacimiento y recibido mi pobre y diminuto ser, cuyo peso era entonces de dos libras y media, tuvieron á bien no olvidar el camino del humilde techo que me cubria; vinieron á verme con alguna frecuencia, y testigos de las primeras y raras disposiciones que mostraba ya para el cálculo mental, me hacian primero preguntas sencillas, y mas difíciles luego sobre números y aritmética, y despues sobre algunas dificultades próximas ya al dominio de las matemáticas. De este modo y sin leccion alguna, llegué á resolver casi instantáneamente los pequeños enigmas de cálculo que me proponian; no tardé mucho en abordar tambien y con igual éxito otros problemas de geometría, de la cual poseia bastante bien mi padre las bases, por medio de la práctica.

« Aconsejado por algunos médicos y personas instruidas que me habian visitado, fui á presentarme en algunos establecimientos de educacion de mi departamento y de los inmediatos: el éxito que obtuve en todos ellos me animó y me decidió, despues de haber perdido á mi padre, á trasladarme á París, metrópoli y centro de la ciencia; allí tuve el honor de comparecer ante una comision delegada de la Academia de Ciencias, para examinar mis facultades intelectuales: estimulado por ella y por muchas personas instruidas, me presenté en diferentes sesiones para tratar de matemáticas mentales; en ellas tuve la suerte de resolver casi todos los problemas que me presentaron, instantáneamente y sin el auxilio de ningun signo. »

Hasta aquí los apuntes de Grandemange; el periódico de donde los tomamos, añade que ha visto proponerle los problemas mas difíciles y de solucion mas embrollada, resolviéndolos todos con una rapidez que podria calificarse de eléctrica, pronunciando con solo el intervalo de una corta pausa la solucion de una cuestion matemática que hubiera exigido media hora de cálculo sobre el papel. Muchos problemas de que ni Mondean, ni Vito Manfiancle, los dos jóvenes matemáticos verdaderos prodigios que habian precedido á Grandemange pudieron triunfar, han sido resueltos por él instantáneamente, con una precision que pasma al auditorio y al mismo que propone la cuestion. Es un espectáculo verdaderamente digno de admiracion y de interés, el de una inteligencia tan espontánea y tan extraordinaria, en una criatura humana tan desgraciada y tan débil.

Hemos tenido el gusto de ver un escrito del jóven calculador, rápidamente trazado con una pluma ordinaria sujeta al muñon, que hace en él las veces de brazo derecho.

El Peru y Bolivia.

Una residencia de tres años en los pueblos, cuyo carácter y costumbres voy á trazar, y el conocimiento de las dos lenguas que se hablan en aquellos países, el castellano y el aymara, pueden dar alguna autoridad á la relacion de este viaje. Muchos son los que he leído de Lima; pero cuando estos amables viajeros han hablado de la belleza de las mujeres de Lima y del velo que las oculta á las miradas profanas, lo cual hace suponer que estas bellas señoras no lo están á todas, creen ya haber probado que conocen perfectamente el país. Seriamente hablando, Lima no es el Perú, es quizá mas; sin embargo, beldad por beldad, los limeños querrian tanto las de Europa con su cara descubierta. Con estas el juego es claro, y no se corre el riesgo de los chascos que ofrece un baile de máscaras.

Pero no olvidemos que se trata de una simple descripcion que acompañe á los grabados. Partimos de un pequeño puerto del Perú, Islay, puerto que no abordan los buques, por la mala mar, que se estrella en las rocas escarpadas que tienen en su cima algunas barracas habitadas por los marineros que operan, con chalupas, el cargamento y descargo de los buques. Aquel pueblecito, compuesto de una treintena de barracas, tiene una iglesia construida con tablas y tierra, y cubierta con lienzo, iglesia primitiva, que no contrasta con el modesto origen del fundador de la religion. Este lugar perdido tiene sin embargo una historia, historia, es verdad, sin otros archivos que huesos humanos, de los cuales yo mismo he descubierto una cantidad prodigiosa, envueltos en vendas ó listoncillos, que no han



India de Arequipa.

perdido el color con el trascurso del tiempo, y que se parecen á los que usan actualmente los indios Aymaras para sus muertos, prueba de una antigüedad anterior al establecimiento de los españoles.

La actual poblacion de Islay es una mezcla de ingleses, españoles é italianos, que hacen el comercio como consignatarios. Los indios, propiamente dichos, son muy pocos. Este puerto, aunque de poca apariencia, es uno de los centros mas importantes del comercio del Perú. De allí salen las hermosas lanas de las alpacas ó alpagas y de los carneros que se venden en Europa con el nombre de lanas españolas ó inglesas. Tambien se embarca allí mucho oro y plata de Arequipa, depó-

sito de estas materias preciosas, distante solamente unas treinta leguas, que hay que atravesar en gran parte á caballo por en medio de un desierto arenoso.

Á mitad del camino se halla la posada llamada *Tambo*, servida por indios, y en la cual puede el viajero apagar su sed y reparar sus fuerzas perdidas en el transcurso poco ameno de aquella soledad. Pero á la tristeza de aquellos lugares áridos, rodeados por todas partes de precipicios, sucede la deliciosa Arequipa; el paraíso despues del purgatorio. Calles hermosas, muy rectas, y muy espaciosas, casas pintadas de amarillo, coronadas de azoteas que sirven para tomar el aire por las noches. ¿Gustais de las emociones? pues los temblores de tierra no son raros allí. ¿Deseais una primavera perpetua? pues la vegetacion es magnífica, los árboles y las plantas están siempre verdes; parece que las hojas no se renuevan, y sin embargo se renuevan, solo que sucede allí con las hojas viejas lo que aquí con las lunas viejas; no se sabe lo que se han hecho, porque no se ve como se reemplazan.

Acabamos de hablar de temblores de tierra, y es claro, puesto que el *Misty*, ó volcan apagado, está á la vista con su cima cubierta de nieve, y trabajando interiormente. Esta nieve que cubre la montaña, y la primavera eterna que reina abajo, dan á Arequipa el beneficio de las cuatro estaciones. ¡Cuánta variedad de flores y de frutos! ¡Cuán bellas las primeras, y cuán sabrosos los últimos! ¡La naranja cubierta con su polvillo blanco, la chirimoya, la bramana, la guliana, la piña! ¡y creer que se comen frutas en Europa! visitad á Arequipa, donde no llueve jamás, donde la tierra no se humedece sino con canales que alimenta la nieve. Aquellos canales no son de ayer, su origen remonta al tiempo de los Incas, que han dejado en aquel pais monumentos de una gran civilizacion, que no se puede comparar con la que le sucedió, á causa de su diferencia.

Pero ya es tiempo de hablar de los habitantes del país. Son dulces, benévolos, y laboriosos. Los indios no son numerosos en Arequipa, los *cholos* forman la masa de la poblacion. Los *cholos* son mestizos de la raza española y de las mujeres indias. Ellos son los que se ocupan de los trabajos industriales. Los indios son casi todos albañiles, su traje difiere poco del de las clases trabajadoras del continente europeo; la diferencia consiste en que las mujeres se ponen ménos cosas, y con soltura para dejar á los miembros su movimiento desembarazado. Su régimen es muy sencillo. Por la noche, despues del trabajo, y los días de fiesta, se reunen en las cerbecerías, llamadas *chicherías*, del nombre *chicha*, cerbeza de maiz, que era la bebida de lujo de los indios, ántes de la conquista, y cuyo nombre ha pasado de su lengua al idioma popular de los españoles del Perú. Yo he bebido con ellos aquel elixir, que á mí me parecia un mal brevaie.

La clase media de Arequipa, ocupada de dia en el comercio, tiene sus puntos de reunion donde pasa la noche, fuera del círculo familiar. Las mujeres, sin embargo, bastante bonitas, retendrian en casa á los hom-



Indio de Arequipa con su lama.

bres, sino por la costumbre, ó por mejor decir el hábito inveterado, que las deja solas, sin mas placer que el que ofrecen los cuidados domésticos.

Mas tarde hablaré de los indios de la Paz. Ahora debo mencionar á los de Arequipa, cuyo traje pintoresco difiere del traje indio de la Paz. Las mujeres se distinguen por su sombrero de ala ancha, cubierto de paño encarnado, y el forro de azul, sus basquiñas plegadas y superpuestas, con las mangas largas y anchas de la camisa, que les sirve de justillo. Los hombres se peinan casi como las mujeres, llevando dos gruesas trenzas, peinado que caracteriza allí á los indios. El



Tambo ó posada en el Perú.



Chola en la Paz (Bolivia) criada.

calzado en ambos sexos consiste en unas abarcas sujetas con correjuelas. — Las costumbres de los indios y su carácter se ha modificado poco con la conquista, a pesar de la introducción entre ellos de las prácticas del cristianismo, que celebran de una manera estrepitosa,

con iluminaciones, petardos y cohetes que disparan los días de fiesta, capaces de romper la cabeza. Se cree que siguen en esto alguna tradición de su religión primitiva, y que el *cinra raymi* no deja de tener alguna analogía con la celebración ruidosa de sus fiestas católicas.

Los caminos que conducen á la Paz (Bolivia) son poco frecuentados, excepto por los indios que llevan lamas, y que se anuncian de lejos por el olor de su rebaño. Las lamas llevan una carga, cuyo peso no debe exceder de unas 80 libras. La lama es la riqueza del indio; su leche lo nutre, su lana le sirve para vestirse, y para hacer cuerdas, que son estimadas. Y hasta el excremento de la lama se utiliza como combustible en las cocinas de los pobres de la Paz, donde la leña escasea. En cuanto á la piel, los guarnicioneros la emplean con ventaja.

El viajero que se interesa poco por las lamas, que no se viste con su lana ni se alimenta con su leche, las abandona por un espectáculo mas poético, el de un país que no tiene análogo en Europa; con precipicios horribles, y llanuras de movediza arena. Frio excesivo durante la noche, y sofocante calor por de día, con un



Señora en la Paz (Bolivia).

viento que azota la cara con la arena que levanta, obligando á tomar un antifaz para su defensa; tal es el placer del viajero, y el arreo de las caravanas que se encuentran cubiertas con sus *ponchos* de varios colores, y su indispensable cuchillo. Yo he atravesado este desierto para ir de Arequipa á Puno, ciudad pequeña del Perú, situada á orillas del lago llamado Gran lago del Sol. Puno está defendida de los vientos frios del Sudeste por una semi-cintura de rocas, cortadas como una muralla, de mas de 100 varas de elevación, y que no dejan mas abertura que la de la parte del lago. Los habitantes son mucho mas blancos que los de Arequipa, los indios son menos negros, y las indias traen la montera y la poliera como las bolivianas, en lugar del sombrero encarnado de las arequipanas.

La reverberación que se produce frecuentemente en aquellos países hacen aparecer los pedazos de junco tan grandes como navíos, y las bandadas de aves, los *flamencos*, por ejemplo, como una compañía de soldados suizos, de talla gigantesca. Los habitantes son igualmente muy hospitalarios, y jamás dejan de ofrecer á los viajeros todo lo que pueden ofrecer.

Los indios allí son *aymaras*, descendientes, como los de la Paz, de las poblaciones inmensas que cubrían aquellas regiones ántes de la conquista, encontrándose aun restos de un cultivo avanzado y apropiado, desde



Chola en la Paz (Bolivia) mercadera.

los tiempos antiguos, al clima, pero que hoy se halla abandonado por falta de brazos. Allí se ven todavía los numerosos sepulcros que se encuentran en la llanura de *Cataoni*, y una multitud de monumentos, testimonio del poder de los primeros habitantes de la América,



Frutera en la Paz (Bolivia).



India en la Paz (Bolivia).

tales como las construcciones hercúleas de *Fiahnanacu*, de donde salió el primero de los incas, Mancocapac, que hizo edificar los mayores templos del sol en una de las islas del Gran Lago, á algunas leguas de distancia.

Pero tiempo es ya de llegar á la Paz, despues de atravesar la frontera del Perú y Bolivia por un puente parecido á los puentes de hierro, pero enteramente construido con juncos, cables y tablas, puente sobre el rio que desemboca en el Gran Lago.

ALLUYS.

(Se continuará.)

Al rededor de Trieste.

LOS ZICHI.

Si llegais un dia á ir á Trieste, espero que podréis abandonar á los indolentes caprichos de esa distraida ociosidad, que es el *dolce far niente* del pereoso hijo de Nápoles y el *kieff* de los orientales. Errando por aquella metrópoli comercial del Adriático, no tardaréis en ver aparecer, entre el mosaico de tantas razas diversas, como componen su poblacion, sus individuos, los cuales, por su vestido y su fisonomía, no pueden dejar de atraer vuestras miradas. Algunas veces caminan aisladamente por las calles; las mas, avanzan por grupos pequeños compuestos de un hombre, una mujer, un niño y un caballo, que tiene trazas de estar incorporado en la familia, y que no es siempre su parte mas flaca. El hombre marcha á paso lento, tirando del ronzal del cuadrúpedo cargado con algunos sacos de carbon; la mujer viene detrás llevando á cuestas lo que no ha podido ponerse sobre el caballo; por último, el niño, que no lleva nada si es varon, pero que de fijo trae su carga si es hembra. El hombre es, en general, grande, robusto, y va bastante completamente vestido. Lleva un sombrero negro de anchas alas, una chaqueta obscura y holgada, un pantalon de lana blanco pegado á las piernas como un pañal, y por último un calzado que no embaraza sus movimientos ni exige gasto de lustre, porque es simplemente un par de abarcas atadas con correjuelas; el traje antiguo en toda su primitiva sencillez. La mujer no lleva mas que una camisa gorda, y sobre ella una especie de leviton de paño obscuro que no pasa de las rodillas, sin corchetes ni botones, sujeto únicamente por el pecho con una correa. Medias de lana, zapatos como los de su noble esposo completan este traje, cuyos accidentes no me atrevo á explicar; ni corsé, ni enaguas, ni chal, ni el mas ligero pañuelo, ni la mas pequeña cinta. En cuanto al peinado, la naturaleza lo favorece, dotándolas de magníficas cabelleras que retuercen ellas como si fueran estopas. El muchacho va vestido de los despojos del padre y de la madre.

Aquellas gentes van de diez á doce leguas de distancia á vender el carbon que han hecho en sus montañas. Concluida la venta, el hombre, en virtud de sus privilegios, entra en alguna horrible *kneippe*, se hace servir una gran medida de vino, y gasta alegremente una parte del dinero que ha recibido. La mujer, sentada en un guardacanton, se come un pedazo de pan con un poco de queso que ha traído de la cabaña, y vuelve á ponerse en camino. Si ha sido preciso comprar algunos utensilios de casa, ó algunas provisiones, la mujer las lleva á cuestas, y sigue lo mejor que puede á su soberano señor, que no se digna echar la carga sobre sus propias espaldas.

Al ver cruzar estas familias ambulantes, al examinarlas con una curiosidad irresistible, ir desde el mercado á la puerta de las tabernas, me parecia al pronto que veia otras tantas figuras bohemias; pero nada tienen de comun con esta raza singular, que se encuentra bajo nombres diversos esparcida por el mundo entero. Ellas pertenecen á una tribu de valacos, establecida en el Carot, y que han recibido el nombre de zichi.

¿Qué origen tiene este nombre que no admite traduccion? ¿Cómo la pequeña colonia, á la cual se le aplica, ha venido desde las arenosas llanuras de la Valaquia á fijarse en la cima pedregosa del Carot? ¿Porqué razon, y en qué época ha emigrado? Cuando comencé á pedir noticias de esto, todos aquellos á quienes me dirigia me miraban y oian con sorpresa, como si preguntara qué pasaba en las regiones lunares. Los activos habitantes de Trieste tienen bastante que hacer en el puerto y en sus mostradores para ocuparse con semejantes investigaciones. Los zichi los surten de carbon; este es el hecho. Que el carbon no sea demasiado caro ó malo, esto es lo esencial. En cuanto á lo demás, ¿para qué pensar en ello?

« No merece el honor de ser contado. »

La ciudad comercial sigue en todo país la línea recta de su espíritu matemático. Investigaciones de geografía, de etnografía, de fisiología, todo debe resolverse por una razon práctica, como un punto preciso de especulacion. Cada país presenta para ellos un producto especial, como se presenta al paladar de los gastrónomos Estrasburgo por sus pasteles de hígado de ganso (*foie gras*), Burdeos y Jerez por sus vinos, Málaga por sus moscateles. Cada pueblo se graba en su memoria y en sus asientos con un número.

Por mi parte, yo me hallaba, en aquella ciudad de adiciones y multiplicaciones, ocupado de los zichi, como Lafontaine de Baruch. — ¿Habeis leído á Baruch? preguntaba el encantador poeta. — ¿Conoceis los zichi? preguntaba yo á todo ser viviente. Muy extravagante he debido de parecer á muchos magníficos socios del Lloyd, que, mientras que les dirigia esta pregunta, pensaban quizás en sus buques navegando en mares distantes, ó en su nueva línea de vapores. Esto no obstante, con sus hábitos afables y corteses, se esforzaban por darme algunas noticias de los zichi. Pero finalmente, como la montaña de estos carboneros no podia venir á mí, concluí, como el discreto Mahoma, por ir á la montaña. Y á fe mia, que al

tomar esta determinacion, me presentaba como un valiente á la imaginacion y á los ojos de mucha gente. — No vayais allí, me decian, es un país perdido donde no hallaréis mas que miserables sufrimientos. — No vayais, me decia con afectuosa compasion uno de mis compatriotas, literato de Trieste; esos zichi son una raza de vagabundos, ladrones y asesinos. Si os ven la mas pequeña partícula de oro, un boton de metal, os matarán sin misericordia para despojaros mas fácilmente.

Orgulloso me sentia persistiendo en mi resolucion, en medio de tan caritativas advertencias, cuando un verdadero sabio, que conoce á Trieste y á Istria como cualquiera los últimos ángulos de su habitacion, me hizo caer de lo alto de mi vanidosa idea de intrepidez, al punto de vista modesto de mi situacion real. — Id, me dijo. Es verdad que en otro tiempo los zichi han sido muy ladrones, y, si se quiere, asesinos. Pero ha habido un mariscal de Francia, Marmont, que no gastaba chanzas. Marmont, gobernador de las provincias ilirias, queria que se pudiese circular sin temor de dia y de noche por todos los caminos y senderos encomendados á su autoridad. Para conseguirlo, hizo ahorcar muchos zichi, y no contento con ahorcarlos, hacia exponer sus cadáveres para terror y escarmiento de los que quisieran imitarlos. Esta manera expedita de juzgar ha impreso en los zichi un espanto que ha servido de provechosa enseñanza á la generacion presente.

A cada palabra de esta relacion, cuyos detalles abrevio, veia caer una á una las piezas del castillo que yo habia levantado de una pequeña y alegre serie de escenas vivas y patéticas, cuya narracion me estaba ya deleitando, y en su lugar se levantaba una idea patriótica, la idea de que, á medio siglo de distancia iba á reconocer todavía la energía de la Francia; que sobre mi excursion aparecia, como una salvaguardia, la sombra de un soldado muerto en la emigracion, la sombra imponente de Marmont. Si apesar de esta satisfaccion del sentimiento nacional, me sorprendo aun lamentándome de que los zichi no sean tales como yo los habia forjado en mi fantasia, ¿qué hacer? Preciso es resignarse á esta penuria de incidentes patéticos. Los actos reales del drama de los bosques son muy raros en estos tiempos de salvaguardias y gendarmes. Los *Fra Diavolo* de terrible memoria, arrojados de sus guaridas, se refugian en el tablado de los teatros, se mezclan con un torbellino de notas musicales, y si se debieren creer las graciosas historias de Méry, el inglés que pasa por Terracina se ve obligado á enviar á sus criados á emboscarse, disfrazados de bandidos, para saborear el placer y sentir la emocion de un ataque de ladrones.

Las cosas habian venido á parar en Austria al mismo estado prosaico que tenían en Italia, y en lugar de partir para la Zicheria, armado de punta en blanco, fui plebeyamente por la diligencia de Fiume, llevando conmigo mi baston, un paraguas, y un compañero de viaje, que el bueno y amable médico Kandler me habia dado, no para servirme de apoyo en un viaje sin peligro, sino para guiarme por ásperos senderos.

A las ocho de la noche comenzamos á subir el Carot; á la una de la madrugada habiamos llegado á una de sus cimas, y nos acostabamos en Castelnuovo, al pié de la colina sobre la que se levantaba en otro tiempo el castillo de Montecuculli. Bastiones y murallas han sido destruidos, no quedando mas que una torre, como solitario obelisco, último vestigio de otra época, último monumento del general que echó á los turcos de Hungría, y que fué un dia adversario de Turenne.

A una legua de Castelnuovo se entra en el distrito de los zichi, por un camino que ellos mismos han abierto, camino duro, preciso es confesarlo, que sube y baja recto de la colina á la rambla, de la rambla á la colina; *berg auf, berg ab*, como dicen los alemanes. Al recorrerlo en la rústica carreta que habia alquilado, recordaba las expediciones que habia hecho por Noruega, y las violentas sacudidas que habia sufrido en ellas en vehículos y caminos análogos. Pero lo que no se parece ni á las montañas de Noruega, ni á otras que yo he recorrido, es la cuesta del Carot, aquella bóveda de los lagos, de los rios subterráneos que, por donde está intacta, no presenta mas que una superficie árida y pelada, que, por los puntos donde se rebaja, se cubre de arbustos y verdura. La obra de destruccion es allí una obra de vida. El agua profunda mina uno de los pilares de la cúspide calcárea, bajo la cual prosigue su misterioso trabajo; una partícula de esta cúspide cae de su nivel, y se convierte en terreno fecundo. ¿No sucede lo mismo con el trabajo de las sociedades? De las escenas revolucionarias que las estremecen, ¿no se ve con frecuencia surgir una llama saludable, del exceso de su mal, una facultad inesperada, de su decadencia, un nuevo elemento regenerador? Nada perece, nada se extingue en la universalidad de la creacion. La aurora sale con su blanca auréola del sombrío manto de la noche, las flores brotan sobre la tierra que cubre los sepulcros, la yedra echa las raíces de su verde enrejado en las quiebras de ruinosos monumentos, y lo mismo que, bajo el puro cielo del Ecuador se ven, unas tras otras, aparecer las estrellas en el horizonte, así tambien se ve la antorcha de la inteligencia encenderse sucesivamente de pueblo en pueblo.

Por esta parte del Carot, como por la que habia atravesado yendo á Leibach, por todas partes donde aparecia una dollina, es decir, uno de estos hundimientos de terreno, protegidos por esta circunstancia del Bóreas, por ellas tambien aparecia el signo de posesion del hombre. En algunas de estas dollinas aparentaba sus ovejas un pastor que, con su chaqueta al hombro, su pantalon roto y sus piés descalzos, parecia haber servido de modelo para los mendigos de Murillo. Pero las que prometen la menor probabilidad de cosecha se hallan protegidas por una construccion maciza. Al rededor de estos embudos, que apenas dejan paso al arado para trazar algunos surcos, se levanta una pared de piedra como si se tratara de resguardar una viña ó un jardin. Esto consiste en que la capa vegetal es muy rara, y que cada pedacito de terreno, en el cual se puede sembrar cebada, ó plantar patatas, es un bien precioso.

Durante muchas horas de camino, no hemos visto mas que inmensos montones de piedras, una especie de océano con olas de negruzcas rocas, sobre las cuales brillan como manchas de

sangre, las hojas de los arbustos enrojadas por el otoño. ¡Qué será aquel lugar desolado, cuando el invierno lo envuelva con su sombrío manto, cuando la nieve caiga en espesos copos, cuando el aquilon haga oír sus prolongados gemidos! Este distrito se llama la Siberia del Austria, y á fe que merece este nombre. Antes habia allí en las barrancas bosques de hayas que oponian un especie de muro al furor del Bóreas.

Los zichi, ocupados únicamente, con su indolencia salvaje, de lo presente, olvidando el porvenir, han destrozado aquellos bosques. Al Norte de sus dominios lo han devastado todo. Si no se pone un remedio, están en disposicion de hacer lo mismo con que les queda á la parte opuesta. Es verdad que estos bosques pertenecen á su comunidad, pero deber de la administracion es suplir su imprevidencia, sacarlos de su ceguedad, y arreglar, por medios discretos, una explotacion tan desastrosa.

A cinco leguas de Castelnuovo está el verdadero foco de los zichi, ocupando en dos hondonadas, el pueblo de Mune, el de Seniana y algunas casas dispersas. Su párroco, amigo de mi compañero de viaje, nos recibió muy cortesmente en su modesto presbiterio. Durante mucho tiempo, no habia habido allí, segun se nos dijo, ningun sacerdote muy recomendable bajo aspecto alguno, y esta es la causa quizás de la profunda ignorancia de los zichi. El actual es un hombre instruido que, despues de haber pertenecido por espacio de diez años al clero de una de las principales iglesias de Trieste, ha solicitado él mismo esta plaza, como los misioneros del Canadá solicitan el ir á servir las pobres capillas de los hurones y los iroqueses. Su renta se compone en parte de un campo, propiedad de la cura de almas, cultivado por él mismo. Sus feligreses deben darle leña para su consumo, abono para sus tierras, y un florin anual por cada familia. Con esto, nos decia en tono jovial, vivo muy cómodamente; tengo en mi bodega un tonel de vino de Istria para obsequiar á los amigos que tienen la bondad de venir á verme; puedo hacer uno ó dos viajes al año á Trieste, y traerme algunos libros, y si estoy solo aquí, muy solo, tengo tanto que hacer con la comunidad, que jamás me parecen largos los dias.

Sin embargo, ¡qué vida de tanta abnegacion y sacrificio! Un profundo dolor puede inspirar al hombre la idea de apartarse á tal retiro, pero la religion sola le dará fuerzas para permanecer en él. El sacerdote que ha pasado su juventud en las escuelas, y una parte de su vida en la inteligente animacion de una ciudad populosa, no tiene allí, junto á él, un solo ser con quien conversar. Sus mas próximos cofrades viven á muchas leguas de distancia. ¡Qué soledad en el invierno, en aquel escondido país, cuando las comunicaciones son tan difíciles, ó están completamente interrumpidas! ¡Y qué mision la de aquel apóstol del Evangelio en medio de su tribu de carboneros! ¡Quién creeria que hay en aquel sitio, en plena Austria, entre tres ciudades considerables, Fiume, Leibach, Trieste, una parroquia de mil setecientos cincuenta individuos, de los cuales ni uno siquiera sabe leer! Para preparar á los niños á la primera comunión, se ve obligado á enseñarles verbalmente los dogmas de la fe, y á inculcarles palabra por palabra los preceptos del catecismo. Pero para el año próximo espera tener una escuela. A falta de otros recursos, ha abierto una suscripcion, y ha conseguido recoger algunos centenares de florines, que formarán la dotacion de un maestro. « No me atrevo, nos decia inclinando la cabeza con una melancólica resignacion, á esperar nada de la generacion actual, pero conseguiré tal vez mejorar la nueva. Este es el ideal de mi ambicion; para realizarlo, Dios y los buenos, confio en ello, me ayudarán. » ¡Santas intenciones, nobles deseos que no quisieramos ver tan apartados del mundo!

Despues del desayuno, para el cual el venerable sacerdote habia sacrificado su mejor pollo, y escanciado su mejor vino, nos llevó de cabaña en cabaña por toda su extensa parroquia. Allí vi una miseria moral y física mayor que la que se encuentra en las tiendas de los lapones ó las chozas de los pescadores de Lofodden, y cuya perfecta semejanza seria preciso ir á buscar en los antros infectos ocupados por los obreros de Liverpool y de Manchester, y en las campiñas de la desgraciada Irlanda.

Cuando van á Trieste, aunque atiendan poco á su adorno, los zichi se ponen sus mejores vestidos, pero en su pueblo, los mas tristes harapos les bastan para cubrir su desnudez. Los hombres no llevan cosa que les incomode; las mujeres no se abotan ni la camisa ni el leviton. Sino por la fria temperatura de la montaña, yo creo que irian muy poco vestidas.

La mayor parte de sus habitaciones son miserables cabañas, cubiertas de rastrosos y divididas por medio: para el ganado una parte y para la familia la otra. Si tuviera que elegir entre los dos alojamientos, me parece que preferiria el del ganado, porque al ménos allí se puede respirar. En el de la familia no hay ventana ni chimenea; el fuego se enciende en un rincon, y el humo sale por la puerta. Utensilios de cocina, provisiones de casa, todo está confusamente amontonado en un espacio muy reducido, y por la noche, el padre, la madre, los hijos se acuestan sin sábanas ni mantas sobre el suelo húmedo y fangoso. No se tiene ni la mas pequeña idea elemental de la comodidad doméstica, ni la mas pequeña industria; lo único que hacen es tejer y cortar sus vestidos, y para evitar la difícil combinacion del tinte, emplean la lana parda para las chaquetas, y la blanca para los pantalones. Con mas ilustracion, aquellos desgraciados podrian vivir mas cómodamente, porque del ganado que paca en sus prados, y de la venta del carbon obtienen un regular producto. Los colonos de las provincias septentrionales de la Suecia, los *nybyggare* tienen ménos recursos, y pasarian, comparados con los zichi, por grandes señores. Pero los zichi son los lazzaroni de los bosques. Poco les importa el día de mañana, con tal que gocen del presente. Sin embargo, para gozar bien de él, no les basta abandonar los instrumentos del trabajo, sino que necesitan ver brillar ante sus ojos el purpúreo color del vino de Istria. Se casan jóvenes, no por amor, sino por cálculo. Compran, por cierta cantidad de carneros, una mujer que será su compañera, ó por mejor decir, su esclava.

¡En qué estado he visto yo, en el umbral de su cabaña, á las

pobres mujeres de la Zicheria! No, darles el nombre de mujeres, es profanar esta palabra, que en nuestra imaginación va unida á los mas tiernos recuerdos, á las mas dulces esperanzas, ó á un sueño encantador. No, aquellas no son mujeres, son no sé qué especie intermedia entre la naturaleza animal, y el mas suave ideal de la naturaleza humana. « ¡Ah! exclamaba un día en su sencilla desesperación un negro del Brasil, los monos no hablan, y tienen razón, porque si hablaran, los harían trabajar. » Las compañeras de los zichi, ménos prudentes que los monos, se han puesto á hablar, y trabajan de una manera terrible. Para ellas las faenas penosas, para ellas todas las molestias. Ellas son las bestias de carga de la casa. Habitadas desde la infancia á este estado de servidumbre, adquieren, sin dejar de estar sometidas á la voluntad de su señor, una fuerza increíble. El cura de Mune me contó un rasgo que apenas me atrevo á repetir por lo inverosímil que parece, aunque es muy positivo. Una de las mujeres de su feligresía parte una mañana, en un estado extremo de embarazo, para un viaje de cinco leguas, con un saco de harina de mas de cien libras sobre los hombros, siente los dolores de parto, se sienta en el suelo, se levanta, envuelve el niño en su vestido, lo lleva á la iglesia á bautizar; coge de nuevo su saco, y continúa su expedición.

Tal es esta raza de los zichi, que deseaba ver en su hogar, y que he ido á buscar á través de los tristes desfiladeros de sus montañas. Por lo demás, es imposible sorprender en medio de ellos una tradición, un canto, nada que se parezca á la trasmisión hereditaria de un pensamiento poético. Su existencia tiene el aspecto árido de las cimas de las rocas donde tienen su habitación; mas árido todavía, porque no se ve lucir en ella un solo rayo, ni se encuentra una imagen de sus frescas, verdosas praderas. Desde que los zichi se han establecido en aquella comarca, han aprendido á hablar la lengua eslava con los extranjeros, pero entre ellos conservan el uso de su dialecto primitivo, de su lengua rumeliana.

X. MARMIER.

Un arresto en las lagunas Pontinas.

(Véase el nº 7, pág. 106.)

Mas allá, en aquella campiña de Roma, en cuyo centro solo ha quedado en pie la ciudad Eterna agonizante, como un sublime oasis en medio de un desierto infecto que la circunda y estrecha por todas partes, se contaban treinta y tres ciudades, que las guerras, ó por mejor decir, las exhalaciones deletereas de los pantanos hicieron desaparecer. Aquellas mismas exhalaciones parece que amenazan hoy á la misma Roma. El *mal aire* destruye la mayor parte de sus calles y plazas públicas, como desola los pueblos y habitaciones circunvecinas, en muchos centenares de pies sobre el nivel de la mar.

Para romper el triste efecto de aquella esterilidad del Apenino, que se levanta á mano derecha, triste y salvaje como una gigantesca piedra tumular sobre un inmenso osario, la naturaleza solo podía sembrar allí la semilla de bandidos y reptiles, únicas cosas que pudieran crecer y multiplicar en aquella tierra maldita, con un aspecto que parece que rechaza toda clase de vegetación. La vista no encuentra punto donde reposarse. Tres ó cuatro cuadras establecidas para el servicio del correo son las únicas habitaciones, que se encuentran en aquella larga avenida, tan recta como un obelisco. En ellas viven algunas criaturas humanas, con ojos vidriosos, los miembros extremos flacos y descarnados, la cara pálida y abotargada por la fiebre, de tal manera que parecen todos atacados de una ictericia crónica. Tienen la piel viscosa y alimonada, semejantes á los salvajes de la Nueva Holanda que nos ha hecho conocer el lapiz de Jacques Arago en su interesante *Viaje al rededor del Mundo*. Sin embargo, el cielo es siempre allí puro y magnífico, casi no se ve jamás una nube que oscurezca su brillante claridad; el aire parece sano, y á pesar de todo solo reina en aquellos sitios el silencio de las tumbas.

En las hermosas noches de primavera y estío que solo se ven en Italia, las lagunas Pontinas ofrecen al viajero un espectáculo admirable, el mas extraño que puede verse. Alumbradas por miriadas de mariposas de luz fosforescentes, que brillan en el espacio como centellas animadas, aquellas flámulas brillantes parece que salen de lo profundo de la tierra, voltean y se agitan en nuestro rededor como infinitos florones luminosos. De lejos se creeria que era una lluvia de centellas.

Los turistas que dejan á Roma por Nápoles, ó á esta por la ciudad Eterna, no han atravesado jamás las lagunas Pontinas sin sentir cierto malestar, cierta inquietud, un estremecimiento que coge de los pies á la cabeza, sin poderse dar cuenta á sí mismos de la causa que lo produce. Los unos, — y este es el número menor — convienen sin vergüenza en que el miedo de ser desvalijado en medio de la noche puede muy bien dar origen á aquel movimiento febril. Los otros atribuyen orgulloso á la desazon al *mal aire*. Por mi parte, yo he atravesado ocho ó diez veces las lagunas Pontinas, casi á todas las horas del día y de la noche, y confieso no haberme hallado enteramente bien. En la época de que hablo, hacia ya cerca de veinte años que habian sido purgadas de los bandidos que las infestaban, y que Garbarone y sus camaradas se hallaban presos. No se hablaba de bandidos. Sin embargo, de tiempo en tiempo, algunos accidentes de este género habian señalado la presencia de gente de mala fama, pero solo habian sido hechos aislados y sin importancia, que no habian producido alarma, ni inquietud para el porvenir. Además,

los autores de tales tentativas habian pagado casi en seguida con su cabeza su desgraciada empresa.

En los últimos años del pontificado de Gregorio XVI, se habia llegado á atravesar toda la Línea Pia á pié, de noche y de día, el saco en la espalda, y el álbum bajo el brazo; la seguridad habia llegado á ser tan grande, que la mayor parte de los viajeros no tomaba ninguna de las precauciones que la prudencia aconseja siempre en tales casos no desdeñar. Se viajaba sin aprensión á través de aquel magnífico camino, que sombrea la cuadruple hilera de copudos árboles.

Como lo he dicho mas arriba, podia ser la media noche cuando entramos en las lagunas Pontinas.

Al salir de la Adriana, cada uno se habia acurrucado del mejor modo posible en su rincón para pasar en él la noche cómodamente.

El estudiante tenia en frente una señora que llevaba en la cabeza un sombrero blanco. Un velo espeso le cubria enteramente la fisonomía. Ninguno de nosotros la conocia. Habia tomado asiento en nuestro coche en Mola, ya de noche. La riqueza de su traje indicaba ser el de una jóven. Tal vez pertenecía á la familia inglesa establecida en la fonda de los Baños de Ciceron. El baron le habia ofrecido muy caballerosamente su rincón; ella lo habia aceptado, y una vez en camino no volvió á ocuparse de la viajera, que por su parte parecia haberse condenado al mutismo mas completo.

Mis compañeros dormian, y yo tambien iba á entregarme al sueño, cuando de repente, familiarizándose mis ojos con la obscuridad, vieron inclinarse la cabeza de la señora hácia la del estudiante, y oí distintamente estas palabras:

— ¡Caballero, no soy lo que creéis!

Un deseo de reír me ahogaba, porque sospeché en seguida alguna tentativa galante por parte del escolar, que las buscaba en todas ocasiones. Recogido en mi rincón, fingí que dormia. Pocos momentos despues, vi la mano de Jules M***, haciendo esfuerzos para llevar á sus labios la de su vecina, cubierta con un guante, y no pudiendo lograrlo, inclinar la cabeza á su vez para dar el beso que se le rehusaba con tenacidad, estableciéndose en voz baja entre los dos el siguiente coloquio, dicho en buen francés:

— ¡Os aseguro, caballero, que os engaños; os afirmo que no soy lo que creéis!

— ¡Cómo! no seriais una mujer jóven y hermosa, una mujer seductora, italiana ó inglesa.... ¡Bajo ese traje, ocultaríais un sexo que no es el que yo sospechaba!!!

— Os equivocais, jóven, soy, dijo ella riendo, lo que juzgais, pero, os lo repito, cuando sea de día, os arrepentiréis de vuestra temeridad.

Apénas habian sido pronunciadas estas palabras, los carruajes pararon bruscamente. En seguida, imprecaciones formidables, juramentos para hacer temblar al firmamento se erizan en el aire. El conductor se lamenta, y los postillones están tendidos, la cara en tierra, en medio del camino, los caballos desenganchados y á merced de su libre arbitrio. Todo esto fué hecho en ménos tiempo que el necesario para escribirlo.

El médico Brech... á quien este súbito silencio arrancó del sueño, nos pregunta, con su flema ordinaria, que causa ha interrumpido tan brutalmente su sueño.

— ¿Van á recoserse de nuevo las guarniciones del tiro? ¿Hemos llegado á la parada de la posta? ¿Se ve alguna cosa?

Querido señor, le digo, desde la lucerna en que me encuentro, veo que está mas oscuro que boca de lobo.

— Es algun mendigo extraviado que pregunta por el camino, y la hora que es con la escopeta en la mano, dijo el baron de Hoy....

— ¡Ay Dios mio! exclamó el estudiante.

— ¿Qué hay pues?

— ¡Mirad! allí hay tres hombres en tierra, atravesados en el camino, y los caballos andan sueltos.... ¿Qué quiere decir esto?

— ¿Es posible? replicó el médico. En ese caso, somos detenidos por verdaderos salteadores.... Y M. Leon Berth... que decia ayer comiendo, que no habia ya de esas gentes mas que en Paris.

— ¡Señor médico! dijo Leon Berth..., que no sabia aun de que se trataba.

— ¿Y bien?

— Ofrézcame Vd. un polvo.

— M. Berth.... está soñando en voz alta.

— Déme Vd. un polvo, tengo deseos de despertarme para ver las lagunas Pontinas.

— Las vais á ver completamente, querido amigo, y con los adornos que las hacen encantadoras.

Y el buen médico sacó de su bolsillo una magnífica caja de plata, con una cinceladura exquisita, y un dibujo muy extraño. Era un regalo de un rico caballero moscovita, al cual, decia el médico, le he demolido una pierna. Cuando iba á presentarla á Berth..., la puerta se abrió con estrépito, y una cabeza de hombre, muy negra, y cubierta con un sombrero cónico, guarnecido con muchas plumas de pavo real, apareció en medio de nosotros. El individuo que introducía así su cabeza de una manera tan insólita no ofrecia un aspecto capaz de tranquilizar nuestro ánimo, mucho ménos, cuando al mismo tiempo habia metido en nuestro compartimento una escopeta de una largura muy respetable. Los deseos del doctor estaban satisfechos; habiamos sido detenidos por salteadores.

— Abajo todos, y la cara en tierra, dijo el bandido con voz sorda y breve.

Yo expliqué al médico el sentido de aquellas palabras dichas en italiano muy puro.

— Aquí tenéis la ocasión, mi querido médico, de palpar al natural el cráneo de estos señores, y de desmentir victoriosamente las teorías de Gall y Spurzheim, dijo el baron de Hoy....

— Y el absurdo de las cincuenta y tres protuberancias inventadas por esos esculapios, añadió Leon Berth....

Á medida que los viajeros bajaban del coche, eran echados, la cara en el suelo, á la orilla de la cabezada, y colocados lo mas cerca posible los unos de los otros, á fin de que la vigilancia fuese ejercida mas fácilmente. Uno de los bandidos, con un enorme trabuco en la mano, cargado hasta la boca, observaba todos nuestros movimientos, dispuesto á hacer pedazos la cabeza del primero que intentara resistir ó fugarse, precaución muy pueril de parte suya, pero no habia nada que advertir, ni que hacer á estos aristócratas de camino real. Además, ¿qué hubieramos podido hacer? Estabamos desarmados; lo mas prudente era conservarnos pasivos. Cinco bandidos habia delante de nosotros, pero un número mayor podia estar entre los matorrales en acecho, y como sus camaradas, pertrechados con un arsenal de trabucos. Hubiera sido temerario intentar la menor resistencia, aunque fuésemos mas de veinte personas; pero temeridad no es valor, como lo dice muy discretamente la Academia de la lengua, en su diccionario; « es imprudente atrevimiento, » dice, y con razón.

Desenganchados los carruajes, volcado uno de ellos, los bandidos pusieron manos á la obra con una actividad prodigiosa. Registraron las cajas, dieron vuelta á los almohadones de los carruajes; despues los baules, los sacos de noche, las sombrereras, todo el equipaje en fin, fué descargado, ó por mejor decir tirado al suelo, alumbrado únicamente por las mariposas de luz de que he hablado anteriormente, las cuales daban á aquella escena una fisonomía digna del infierno de Dante.

Una vez en tierra el equipaje, no quedaba mas que abrirlo; las manos de los bandidos se introdujeron en todos los rincones, palparon todos los vestidos, y las llaves desaparecieron en compañía de las carteras, del dinero, cajas de tabaco y relojes. Un limpia-bolsas, ó cortabolsas (pick-pocket) de Londres ó de Nápoles no hubiera mostrado mas destreza en tal ejercicio. Me se olvidaba decir que los bandidos se mostraron galantes, no registrando á las señoras.

Al intentar abrir los baules, se vieron embarazados con la confusión de llaves. En tal apuro, apelaron á un remedio tan natural como extremo, los descerrejaron todos.

Hasta entónces, nadie se habia atrevido á menearse. Los unos yacian bajo la impresion del terror, los otros encontraban agradable lo de ser desvalijados. Todo el mundo habia permanecido silencioso, aguardando con febril ansiedad el fin del drama. Y debo decir aquí, pagando justo tributo á la verdad, que los ingleses que se hallaban entre nosotros, habian de todo punto perdido aquella excentricidad de maneras que llevan á todas partes, y que permanecieron inmóviles como pólipos paralizados. Pero el genovés, habituado en Méjico á semejantes encuentros, inclinó dulcemente la cabeza y dijo al oído al médico Berth....

— Nosotros somos diez y seis hombres, á la merced de cinco bandidos; ellos no son mas que cinco, estoy seguro de ello, yo los observo desde que estamos así, como á gentes que quieren echar raíces. ¡Vamos pues, un buen golpe de mano, y nos desembarazamos de ellos!

— ¡Diablo! dijo el médico, en el mismo tono; signor, no contais las magníficas escopetas que brillan en la obscuridad, ni las pistolas y puñales que penden de su cintura... Por otra parte, esta posición, aunque ofrezca poca diversion, me agrada bastante, y á decir verdad, no siento encontrarme cara á cara con estos bandidos, y ser desvalijado por ellos.... Esto no sucede mas que una vez en la vida, caballero; además, los recuerdos son el sol de la vejez, y es fortuna que el cielo me envíe esto para hacer mas interesantes los días de mi ancianidad; estad seguro, que no á todos les concede este favor....

— Sin duda, que es una buena fortuna, repuso el genovés irónicamente; pero os divertiréis mucho mejor todavía cuando os despojen de piés á cabeza, y cuando no os dejen ni el vestido que san Roque conservó discretamente, y á través del cual, la brisa soplabla fuerte y fria....

— ¡Ah, diablo! ¿creéis, signor, que son tan interesados?

— ¿Pensais que han venido aquí á arriesgar su pellejo y su cabeza por el rey de Prusia, como dicen los franceses?

— Aguardad un poco, signor; voy á dar parte de vuestras reflexiones al vecino, un arqueólogo que conoce todas las historias de bandidos desde Nenrod hasta el famoso José María. Sus consejos serán tanto mas interesantes, cuanto que ha tenido en su vida el honor de ser detenido, saqueado, robado una docena de veces entre los turcos, tártaros, cosacos, y creo que una vez estubo á punto de ser empalado por un marruco, lo cual no le impidió el fumar su cigarro.... vamos á preguntarle su opinion.... ¿decid, querido bibliógrafo?....

— Que se ofrece, señor burla-muertes.

— Conocéis bien ese gran signor, seco, que tiene la cara de beber en un bache, ese signor que ha estado en Méjico?

(Se continuará.)

mazourka

par

M. ANTOINE DE KONTSKI.



LA PROMENADE.

LES GRÂCES.

LE TOUR SUR PLACE.

El Paseo.
Allegro con fuoco.

El Puente.

La Rueda.

PIANO.

Musical score for piano, consisting of multiple systems of staves. The score includes various musical notations such as treble and bass clefs, time signatures, notes, rests, and dynamic markings like *Allegro con fuoco*, *glissando*, and *ff*. The score is divided into sections corresponding to the dance steps: 'El Paseo', 'El Puente', and 'La Rueda'. There are also markings for '1^o Fois.' and '2^o Fois.' and a 'FIN.' at the end of a section.

A la fin, et puis au signe.

Establecimiento de una iglesia catolica en El-Aghouat.

Leemos en un periódico de Paris la siguiente carta :

« Señor Director : la bandera de la Francia y la cruz, divino símbolo de la religion, se unen estrechamente en nuestra conquista de Africa. La bandera flota sobre los muros del Aghouat, donde la han colocado nuestros valientes soldados despues de esos hechos gloriosos de que ya Vd. ha dado cuenta á sus lectores.

Pero el cuadro trazado por Vd. seria incompleto si no le animase por el interés de la religion consagrando la grande obra de nuestro ejército, es decir, el establecimiento del culto católico sobre el terreno que nos ha dado la victoria, y orando sobre las tumbas de los héroes cuya pérdida deploramos.

El 18 del pasado, el señor Suchet, vicario general de la Argelia, el mismo que el 1º de marzo de 1847 hizo los honores fúnebres á los valientes muertos en Sidi-Brahim, celebró un oficio solemne sobre la brecha del Aghouat, asistido por el señor abad Godard. El altar improvisado por nuestros guerreros y compuesto de perchos militares, estaba decorosamente adornado, elevándose sobre el mismo sitio en que descansan los restos mortales del general Bouscaren y otros valientes que murieron en el sitio de dicha ciudad. Las tropas de la guarnicion, de gran uniforme, ocupaban al rededor del altar el punto elevado en que nuestros cañones arrasaron los fuertes y parapetos.

M. Dubarail, gefe de escuadron y superior comandante, M. de Mussy, superintendente, encargado del servicio de administracion, el capitan Amat, comandante de la plaza, el capitan Marlier, y en fin todos los oficiales de los diferentes cuerpos se hallaban en el centro del cuadro formado por la tropa, á donde muchos heridos habian sido trasladados para asistir á la divina ceremonia.

Al otro lado, en frente del sacerdote, se veian la torre y muros que escalaron las tropas del general Yusuf con un ardor igual al que las del general Pelissier desplegaron en la brecha. Al pié de la ciudad el bosque de las palmeras mece al impulso del aire sus elegantes ramas; á la izquierda el paisaje se cierra por las áridas monta-

ñas, y á la derecha está el desierto, semejante á un océano formado por la inmensidad de sus blancas arenas. El altar tenia á su frente la morada de Sid-el-Hadj-Aissa, y en derredor el cañon que durante la ceremonia hizo oír su eco formidable, despues de lo cual el señor vicario general pronunció un discurso celebrando el triunfo de nuestras armas, la gloria de nuestros soldados muertos delante del Aghouat, y la nueva conquista del Cristianismo sobre el Coran.

El domingo siguiente, dia 23, dicho señor vicario lle-

nando otra parte de su mision, instaló al señor abad Godard como cura del Aghouat en la mezquita mas conveniente de la poblacion.

El señor gobernador general Randon se adelantó á los deseos del señor Pavy, obispo de Argel, pidiéndole un sacerdote para establecer el culto en esta region donde jamás habia penetrado la luz del Evangelio. El señor obispo, por las ocupaciones de su diócesis, no pudo asistir á la fundacion de la iglesia instalada bajo el nombre de San Francisco Javier.

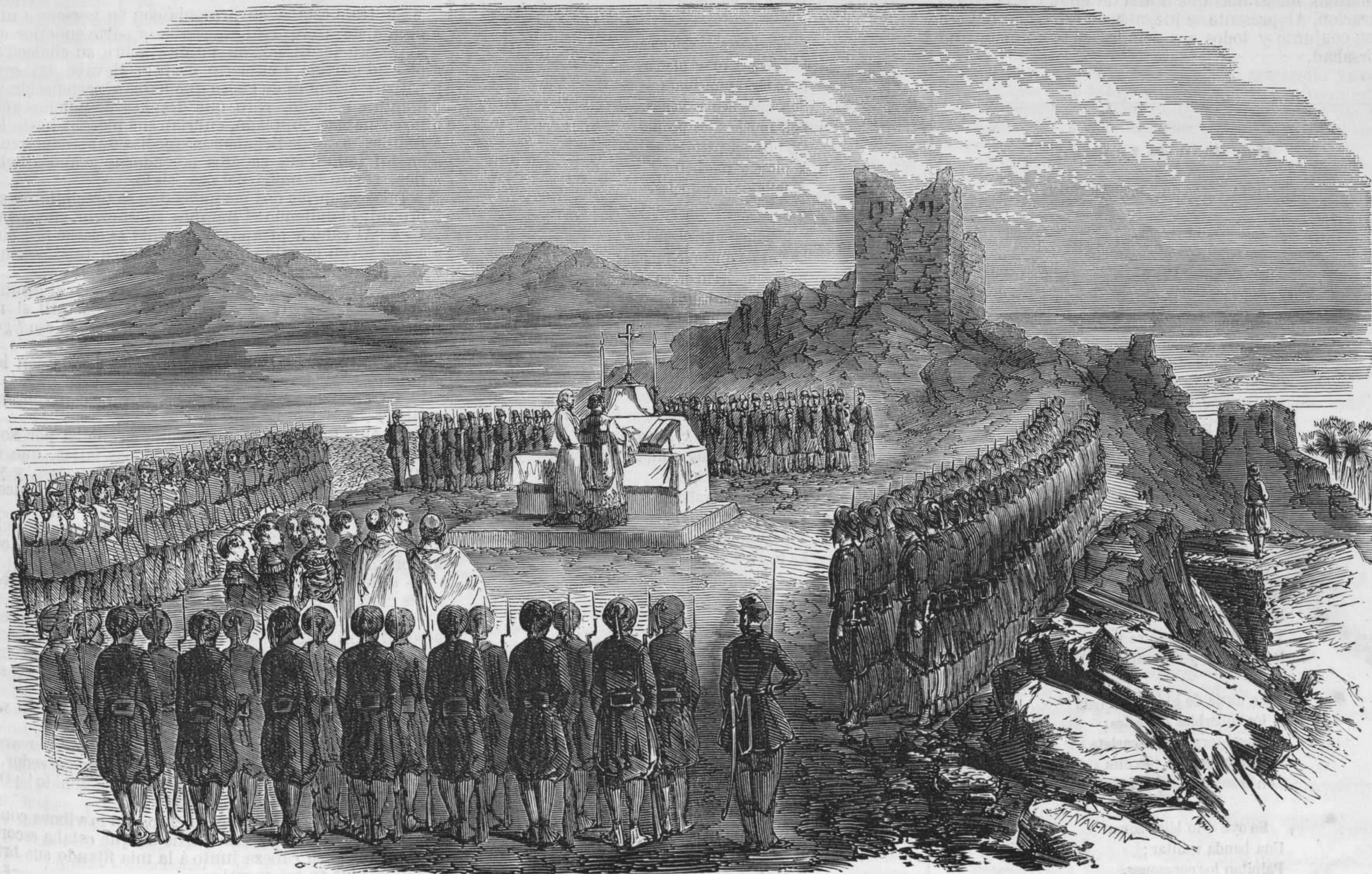
Tal vez no pecaré yo de indiscreto, repitiendo lo que he oído manifestar á todos mis compatriotas, cual es el de recoger á los muchos niños que vemos errantes por las calles de la ciudad sin hallar á sus padres, víctimas de las terribles necesidades de la guerra. Confiados á los cuidados maternales de nuestras religiosas, sentirian ménos la fatalidad de su suerte. He aqui una obra generosa como el corazon de la Francia y santa como su religion.

Lanzando una mirada sobre la mezquita convertida en iglesia, se observa que esta construccion, aunque pobre en su ejecucion y materiales, reproduce muchos rasgos de la arquitectura árabe. Bajo este concepto, es ménos notable que el marabut de Sid-el-Hadj-Aissa, ocupado por nuestras tropas despues de una lucha encarnizada, y cuyos muros destrozados por el cañon ofrecen en todas direcciones las señales de los proyectiles.

Al exterior hay cuatro pilares que sostienen la base de la cúpula produciendo una nave circular. Estos pilares, así como los arcos de relieve que se distinguen en la pared, tienen cierta analogía con algunos templos del tiempo de los romanos. En Africa, los objetos del arte no parecen cronológicamente marcados como en nuestros monumentos cristianos por los caracteres arquitectónicos. Las imitaciones del estilo bizantino de que deriva la arquitectura árabe, se perpetuan á pesar de la introduccion del estilo morisco, apareciendo en construcciones muy recientes. Algunas pinturas groseras cuyos dibujos se asemejan á las de los tapices árabes, se ostentan en las paredes de este edificio mostrando



Visita interior del marabú arruinado de Sid-el-Hadj-Aissa.



Instalacion del culto católico á El-Aghouat.

esta venerable inscripcion: « La muerte es la puerta por donde pasan todos los hombres. — ¿Qué serán mis palabras, y qué hallaré yo cuando haya pasado por esta puerta de la eternidad? Nadie encontrará mas que sus propias acciones. El que no haya obrado conforme á la voluntad de Dios hallará el infierno..... »

Arqueología.

Las últimas noticias de la exploracion arqueológica que M. Place, cónsul de Francia en Mossoul, prosigue con tanta constancia sobre la situacion del palacio asirio de Khorsabad, son del mayor interés.

En el primer informe sobre el conjunto de sus trabajos, tan favorablemente acogidos por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, M. Place anunciaba el descubrimiento de una doble columnata y de grandes terrazas cubiertas con anchas baldosas. Apenas le ha sido posible continuar sus investigaciones, el inteligente explorador ha abierto una larga trinchera detrás de estas columnas, la cual ha dado lugar á un descubrimiento muy curioso y único en su especie. M. Place ha encontrado un muro de 5 piés de alto y 21 de largo, enteramente revestido de ladrillos pintados y esmaltados, en muy buen estado de conservacion, representando hombres, animales y árboles. Este es el primer specimen completo, subsistente en su lugar, que se conoce hasta el día de la pintura asiria; muestra cual era el empleo de los ladrillos esmaltados que se encuentran en tan gran número en las excavaciones de Ninive, y sobre todo en Babilonia, y justifica la exactitud de las descripciones que Ctesias y Diódoro habian hecho de los reyes de Asiria, y de aquellos palacios, cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas esmaltadas, representando cacerías.

A este primer descubrimiento, M. Place ha añadido otro mas importante, destinado á dar mucha luz sobre el arte asirio. En uno de los extremos de este muro, cubierto con ladrillos esmaltados, ha hallado una estatua, una verdadera estatua, como él dice candorosamente; y nosotros nos apresuramos á añadir, la única estatua asiria conocida hasta hoy.

Esta figura, admirablemente conservada, representa á un personaje con una botella en sus manos; su altura es de 4 piés y medio y del mismo mármol gipseo de los bajo-relieves ya descubiertos. Como el muro de ladrillos esmaltados parece que forma parte de un corredor que conduce á un salon, M. Place esperaba encontrar la compañera de esta estatua al otro extremo del corredor.

M. Place anunciaba otros muchos descubrimientos que nos harán conocer los informes, acompañados de numerosas fotografías que acaba de enviar á la administracion. Al presente se juzgaba en estado de ofrecer en su conjunto y todos sus detalles el monumento de Khorsabad.

Don Juan de Lanuza.

JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

LEYENDA.

IV.

Era una tarde muy fria,
Lluviosa, de temporal,
Y con su aliento glacial
Calles y plazas heria
Arreciado vendaval.

Pero en vano el viento brama;
En vano el cielo á torrentes
Lluvia y mas lluvia derrama
El entusiasmo á las gentes
Al campo del Toro llama.

Do quier el clarin resuena,
Do quier el bridon galopa;
El timbal el aire atruena,
Y pronto el campo se llena
De caballos y de tropa.

La ansia de gloria arrebatada
A los soberbios donceles;
Son sus gorras de escarlata
Y brillan en sus corceles
Con coseletes de plata.

Se oye á lo léjos sonar
Una banda militar;
Palpitan los corazones,
Y empiezan á uniformar
Los informes pelotones.

En medio de un escuadron
Y nube de polvo espesa,
El Justicia en un troton
Llega, y despliega un pendon
Que es su enseña aragonesa.

Le acompañan diputados
Y algunos lugartenientes,
Consejeros afamados,
Y vergueros y jurados,
Y capitanes valientes.

Le cubre tupida malla,
Y en él fija la atencion,
Todo el ejército calla,
Y él dá el grito de batalla:
« San Jorge por Aragon. »

« ¡San Jorge por Aragon! »
Grita el pueblo con afan,
¡Voz de patria y religion!
Mil ecos diciendo van
« San Jorge por Aragon. »

Y todos al momento
Se aprestan á la liza
Mientras el raudo viento
El estandarte riza.
Y de combate hambriento
Hacia ellos se desliza
Intrepido y ufano
El bravo castellano.

Las gentes, que bravias,
Las breñas elevadas
Del Ribagorza frias
Habitan siempre heladas,
Siguen en compañías
Con otras mal formadas
Que ostentan como un premio
El mote de su gremio.

Lanzones muy mohosos
Los labradores ruines
Enristran orgullosos
Montados en rocines.
Ni entienden los ruidosos
Timbales y clarines
Si retirada tocan
O si á la lid provocan.

Enseñan seis cañones
Las tropas muy ufanas,
Pero sin municiones
Son tales armas vanas.
Son muchos los peones
Que llevan partesanas
Y picas y machetes
A falta de mosquetes.

Ninguno allí obedece
La voz de quien le manda;
El desconcierto crece
Y todo se desbanda.
El campo aquel parece
Una acosada banda
De pájaros chillones
Que va en mil direcciones.

¿A dó infeliz camina
Tan desmandada gente?
¿Faltando disciplina
Que vale ser valiente?
Próxima está su ruina,
Y pagará imprudente
La turba aragonesa
Su temeraria empresa.

Los gefes ofendidos
Lo que han de hacer consultan,
No son obedecidos
Y casi les insultan.
Y todos convencidos
Desertan y se ocultan;
Mas á sus partidarios
Temen que á los contrarios.

Juan de Lanuza siente
Que se halla abandonado,
Y pronto se arrepiente
De haberse sublevado.
El jóven es valiente,
Pero en tan triste estado

Tan solo pronta huida
Puede salvar su vida.

Muy tristes conjeturas
Formando va el Justicia,
Y llora desventuras
Que debe á su impericia.
De Utebo en las llanuras
Una ocasion propicia
Para evadirse acecha
Y la halla y la aprovecha.

Hizo á don Juan de Luna
Una seña ligera,
Sin que persona alguna
Comprenderla pudiera.
Huyeron, la fortuna
Protegió su carrera,
Y Epita les dió asilo
Benéfico y tranquilo.

Los pocos que blasonan
De firmes en sus puestos,
Por fin los abandonan
Vertiendo mil denuestos.
Y todos se acantonan
En las montañas prestos,
Sembrando en todos partes
Pertrechos y estandartes.

Y mientras van huyendo
De la ciudad augusta,
Entra en ella el tremendo
Vargas que tanto asusta.
Y leyes imponiendo,
Dice con voz robusta:
« Acate todo el mundo
A Felipe segundo. »

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

(Se continuará.)

Lavengro.

(Véase el nº 10, pág. 459.)

» Su traje estaba en armonía con su persona: una pluma de pavo real adornaba la parte superior del sombrero terminado en punta; sobre su chaleco de piel no curtida y cubierto de pelo llevaba un sayo pajizo; calzones de cuero que habian pertenecido ya á algun soldado, pero que despues de muchos años no se habian limpiado, cubrian sus piernas hasta las rodillas, á donde llegaban las medias de algodon azul: en fin tenian sus zapatos por adorno grandes hebillas, segun la moda del otro siglo.

» Tales eran las dos personas que se precipitaron sobre mí, blandiendo el hombre su enorme cucharon. — » ¡Al cabo le atrapo á Vd. aquí! exclamó. Yo diré á este jóven bandido que se introduzca furtivamente en mi propiedad.

— » ¿Su propiedad? le respondí; Estoy en el camino del rey; ¿para qué se han colocado Vds. allí, si no querian que les viesse? ¿qué significa todo eso? ¿es porque les he visto trabajar?...

— » ¿El qué? ¿El qué? preguntó la mujer con inquietud.

— » Qué sé yo? ¿Quién sabe si fabrican moneda falsa?

» En aquella época efectivamente circulaba por Nor-man-Cross gran número de monedas falsas, que se suponian hechas por los prisioneros franceses, y yo frecuentemente habia oido hablar de la moneda falsa.

— » Voy á extrangularte con mis manos, exclamó la furia infernal arrojándose sobre mí con rabia; ¿dices moneda falsa?

— » Déjame obrar á mí, repuso el hombre; ya verás como le hago tomar las de villadiego.

— » Aconsejo á Vd. que calle y se esté quieto, le respondí; mi padre está escondido aquí en mi seno donde va acalorándose poco á poco, y si Vds. me causan algun daño, le llamaré en auxilio mio con su lengua ahorrquillada.

— » ¿Qué dice? exclamó el hombre, en toda mi vida he oido semejante discurso.

» ¡Tu padre! Dí á ese bribon que si llega á acercarse á mí le daré el castigo á que te has hecho acreedor... Cógelo... Pero, ¡Jesus! ¡á quién hemos detenido! ¡Oh dulce Jesus! ¿Qué niño es este?

» Yo habia hecho un movimiento que la víbora comprendió, y saliendo de mi pecho en que estaba escondida, colocó su cabeza junto á la mia fijando sus brillantes ojos en mi enemigo.

» Quedóse inmóvil el hombre, y detuvo el golpe que me habia preparado; se me puso á mirar con la boca abierta y sus megillas se cubrieron de un color ama-

» rillento, excepto la cicatriz que brillaba como fuego.
» Conservó esta posición por algún tiempo, y la caída de su arma pareció sacarle de su estupor.

— « Mujer, dijo con voz temblorosa, ¿has visto alguna vez cosa igual? Pero la mujer se había retirado á la tienda, á cuya entrada mostraba su horrible semblante que expresaba entonces tanta curiosidad como terror. Después de haberme contemplado durante algunos segundos, lo mismo que á la víbora, entró el hombre en la tienda donde habló en voz baja con la mujer. A pesar de que oí casi toda su conversación, no pude entender palabra, y me pregunté qué lengua podrían hablar, porque adivinaba bien que no era la francesa. En fin, levantando el hombre la voz pareció dirigir una pregunta á la mujer, la cual hizo un signo afirmativo. Al mismo tiempo le dió un taburete que colocó junto á la puerta de la tienda después de haberle frotado con su manga como para pulimentar la superficie.

— « Ahora, me dijo, mi buen señorito, dignaos tomar asiento en la tienda de esta pobre gente. No guardéis rencor con nosotros; dirigidnos una mirada favorable, ¡mi buen Dios Todopoderoso!

— « Sí, hermoso ángel mío, añadió la mujer, sentaos cerca del fuego y dignaos aceptar unos confites: tenemos que haceros dos preguntas. Pero antes debeis ocultar vuestra serpiente.

» A una indicación mia volvió la víbora á ocupar su puesto, y me senté en el taburete. Aquella mujer abrió entonces una cajita y me sacó algunos dulces y confites diciéndome: Probadlos, querido niño, y decidme si son buenos.

— « ¡Excelentes! ¿Dónde los habeis comprado?
» Entonces me miró con atención, meneó la cabeza, y dijo: ¿Quién lo sabe mejor que vos, hermoso ángel mío?

» ¡Ay! no lo sabía; pero conocí que aquellos dos seres extraños habían formado una opinión muy superior de mi poder, y les respondí: ¡Oh! sí, ¿quién lo sabe mejor que yo?

— « Ciertamente, dijo el hombre. Y ahora, mi querido niño, permitidme que os haga una pregunta. ¿Habeis venido aquí con ánimo de hacernos daño?

— « No; no os tengo mala voluntad. Sin embargo, si me amenazaseis aun...

— « ¡Oh! hermoso ángel mío, entonces os vengariais con mucha razón. ¿Qué derecho tenemos para maltrataros? ¡Ah! ya veo que sois uno de sus niños.

» Al pronunciar estas palabras, inclinó su cabeza sobre su hombro izquierdo.

— « Sí, soy uno, respondí pensando que aludía á los soldados de Norman-Cross.

— « Esta es la primera vez que tenemos la dicha de ver á uno; bien que hemos oído hablar mucho de ellos. Pero ver es creer. En fin, ya que habeis venido, ¿quereis quedaros con nosotros, porque podeis hacernos mucho bien...?

— « ¿Qué bien puedo yo haceros?

— « Cuanto querais. ¿No llevais siempre la felicidad al seno de las familias con quienes os estableceis? Quedaos con nosotros; tendréis un carruaje cubierto para vos solo si gustais; seréis nuestro Dios Todopoderoso; os rezaremos nuestras oraciones todas las mañanas.

— « Consiento en ello. Pero ¿qué dirá mi padre? Temo que no lo apruebe.

— « ¿Porqué? Se quedará con vos y le trataremos todo lo mejor posible. Sin vuestro padre no seriais nada.

— « Es verdad. Pero creo que no piense dejar su regimiento.

— « ¡Su regimiento! ¿De qué hablais? ¿Qué quereis decir?

— « Que mi padre es capitán instructor en Norman-Cross.

— « ¡Cómo! Ese *sapo* ¿no es vuestro padre? exclamó el hombre designando con el dedo al reptil.

— « ¡La víbora! respondí no ménos sorprendido; ¿habeis podido pensarlo?

— « Ciertamente: ¿no me lo habeis dicho?

— « Sí, pero nunca pensé que lo hubierais creído.

» Es una serpiente domesticada. Yo cazo víboras y las domestico.

— « ¡Oh! dijo el hombre.

— « ¡Oh! exclamó la mujer, es imposible. »

Semejante declaración causó tanta sorpresa á aquellas gentes, que no se atrevieron desde luego á darle crédito. Le rogaron que no les engañase, y le confesaron que lo habían tomado por un hechicero, no pudiendo persuadirse que solo fuera un simple *sapengro* (doctor en serpientes). Sin embargo, como insistiese en la misma idea, continuaron tratándole con igual respeto. Seais *sapengro* ó hechicero, le dijo el hombre, quedaos con nosotros; nos haréis ganar dinero con la víbora, y estoy seguro que diréis perfectamente la buena ventura. En fin, debeis saber leer; seréis nuestro ministro y nos leeréis las oraciones por la mañana y por la tarde. Al oír estas palabras, Lavengro sacó de su faltriquera el *Robinson* y empezó á leer. Eso es, exclamó el hombre interrumpiéndole; eso me gusta. Ven, Jasper, pronto, añadió después de haber echado una mirada fuera de la tienda, ven pronto á ver á un joven *sapengro* que sabe leer; dale un bofetón; deseo, hijo mío, que le trates como á un hermano.

El recién venido era un joven de doce ó trece años, de color fresco, aspecto travieso, pero inofensivo. Compañase su traje de unos calzones de paño oscuro adornados en las rodillas con infinidad de herretes y cor-

done, de un chaleco color claro, de una camisa bastante blanca y de un sombrero sin alas ni fondo. Llevaba sobre el brazo un látigo de ballena con puño de cobre. Apenas entró en la tienda fijó sus ojos en el huésped que su padre le presentaba, y el cual por su parte le miraba con la misma atención.

— Vamos, Jasper, repitió el padre, da una puñada al *sapengro*.

— ¿Sabe reñir á bofetones? preguntó Jasper con aire de menosprecio. Creo que no, ¡porqué es tan fino y delicado!...

— Calla. ¿Estás loco? Sabe mas que todo eso; ¡sabe domesticar las serpientes!

— ¡Cómo! ¿Es un *sapengro*? dijo Jasper.

Y después de haberle mirado de hito en hito con curiosidad, le dió un ligero cachete en la cabeza, exclamando de nuevo:

— ¡Un *sapengro*!

— Sí, y bueno, añadió su padre. Aun estoy sorprendido de que le hayamos encontrado; va á unirse á nuestra familia, será nuestro ministro y nuestro Dios Todopoderoso. ¿No es verdad, niño mío?...

— No sé, respondió Lavengro, á quien habían sido dirigidas estas últimas palabras. Necesito antes saber la opinión de mi padre.

— Vuestro padre... ¡bah! dijo el hombre.

En vez de concluir su frase amenazadora se lanzó fuera de la tienda y aplicó el oído con ansiedad, porque acababa de oír un ruido que parecía causarle la mas viva inquietud: era el galope precipitado de un caballo sobre espesa yerba. Lavengro miraba en la misma dirección que él. De repente se apareció no lejos de la tienda un caballo: iba tan rendido que apenas tenia fuerzas para sostenerse; pero el hombre que le montaba le sostuvo vigorosamente en el momento en que quiso echarse, y continuando su carrera llegó hasta la misma puerta. Después de haberse apeado el caballero, habló algunas palabras con los amos de la tienda en su lengua particular. Era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, gordo y robusto, de mirada feroz, semblante resuelto y figura ordinaria. Lavengro asistió quince años después á una ejecución capital en Newgate, y así que se presentó el reo en el tablado le conoció al primer golpe de vista. Era Nat, nombre que habían dado á aquel caballero los habitantes de la tienda.

Jasper, su padre y su madre se apresuraron á hacerle los preparativos de viaje. Cargar los carros, enganchar y ataviar los caballos fué para ellos operación de algunos minutos; es verdad que se vieron ayudados por dos ó tres muchachas ó mujeres cubiertas con capas rojas y con sombreros negros. Sin embargo, á pesar de su actividad, dieron al traste con la paciencia del caballero.

— ¡Qué calma gastan Vds.! exclamó con cólera. Ya he dicho que solo tienen que hacer eso y lo demás corre de mi cuenta. Parto por el camino real del Norte. Dénme Vds. lo que hayan hecho.

— Tiene razón, mujer, dijo el hombre metiendo mucha prisa. Dale eso y que se marche cuando quiera.

La mujer le dió entonces dos sacos medio llenos de objetos que parecían tener la forma y el peso de monedas. Las escondió al instante en sus faltriqueras, y se marchó al punto sin hablar palabra. Pocos momentos después partieron los carros en la misma dirección con los individuos que habían ayudado á cargar.

Jasper solo se quedó detrás. Echó la última mirada por el lugar del campamento como para informarse de que no había quedado ningún vestigio, y acercándose después á Lavengro que había contemplado aquella escena sin hacer el menor movimiento, le dijo tendiéndole la mano:

— Adios, *sapo*. Ya nos veremos. Acuérdate que somos hermanos. ¡Qué *Sapengro*! y meneando la cabeza en señal de despedida, desapareció.

Lavengro le siguió con la vista cuanto pudo, y después volvió á tomar el camino de Norman-Cross. Por mas que se preguntaba no podía explicarse quienes serian aquellas gentes extrañas.

III.

Cinco ó seis años transcurrieron sin que Lavengro volviera á ver á aquellas gentes tan extrañas, cuyos modales, idioma, traje, fisonomía é ideas habían despertado vivamente su curiosidad. Estos cinco ó seis años (él no lo cuenta) los pasó de guarnición con su familia en diversos puntos, y felizmente para él fué destinado al regimiento de su padre á Escocia y después á Irlanda. Aprendió sucesivamente el escocés y el irlandés, estudiando de escuela en escuela el latín y el griego. Los capítulos consagrados á este tiempo dichoso de su juventud se dejan leer con vivo interés, porque se componen de retratos tiernos y delicados de muchos de sus profesores y algunos de sus discípulos. A la conclusión de la paz dejó su padre el servicio y se retiró con su familia á un pueblecito delicioso de los condados de l'East en Inglaterra. La modesta fortuna que habían llegado á reunir y la pensión que le quedara bastaban al veterano y á su mujer que sabían contentarse con poco. Sin embargo, si veían asegurada su existencia, les inquietaba no poco el porvenir de sus hijos. El primero tenia disposiciones brillantes para el dibujo y la pintura, y sus padres esperaban que llegara á ser algún día el Rafael de la Gran Bretaña. Pero el segundo, ¿á qué carrera podrían dedicarlo? No se parecía en nada á los demás ni-

ños. — « Dios me perdone, — dijo cierto día M. Borrow á su mujer, — pero tiene el color, los ojos y el cabello de un gitano, y mucho temo que adquiera los modales y las costumbres de esa gente. Ha tomado malos conocimientos durante nuestra permanencia en Irlanda. »

Sin embargo Jorge Borrow se aplicaba por merecer el epíteto de *Lavengro*, y cada día cobraba mas afición á los estudios, especialmente filológicos. Cuando se sentía cansado de estas tareas, se marchaba por los campos inmediatos á pescar, á dar un paseo á caballo ó simplemente á entregarse á meditaciones vagas en el fondo de sus retiros favoritos. Cierta día, sentado en una colina coronada de ruinas de una antigua fortaleza normanda se deleitaba en contemplar la feria de caballos que habia á la sazón al pié de la colina. Cuando mas emborrachado estaba en sus meditaciones, un ginete que acababa de llamar su atención por la gracia, fuerza y habilidad de que habia hecho prueba, se adelantó bruscamente hácia él y gritó con acento extraño.

— ¿Qué veo? ¿el *sapengro* en la colina?

— Yo me acuerdo de esa palabra, le respondió Lavengro, y creo conocer á Vd. ¿No es Vd.?

— Jasper, su *pal* (hermano), sí, el mismo.

— Me sorprende que me haya Vd. reconocido, porque yo á no haber dicho á Vd. esa palabra no hubiera acertado.

— No debe asombrarle, hermano. Cuando se ha visto á Vd. una vez, no es fácil olvidarle, pues si bien ha crecido Vd. demasiado desde nuestra separación, no se ha desfigurado mucho.

— ¿Vive Vd. en la ciudad? preguntó Lavengro á Jasper.

— No; á nosotros nos gustan poco las posadas de las ciudades, y casi siempre nos quedamos en despoblado. Pero aquí nada tenemos que hacer. Venga Vd. conmigo y le diré donde estamos.

Bajaron la colina en dirección del Norte, atravesaron un puente normando muy antiguo, y tomando á la izquierda subieron por un terraplen poco elevado, inculto y cubierto de arbustos. Entonces Lavengro adivinó la verdad.

— Es Vd. uno de esos hombres que llaman...

— Sí, sí, respondió Jasper; ¿pero qué importa el nombre que se nos dá?...

Por el centro del erial que atravesaban, bajaron a un pequeño valle casi cercado, cuyas dos vertientes estaban cubiertas de aliagas. Varias tiendas y carros formaban una especie de campamento sin ninguna simetría. La tienda de Jasper que estaba mas distante que ninguna, parecia igual á la que Lavengro habia visto en Norman-Cross. En medio de ella se veía amortiguada la lumbre. Encontraron en el momento de llegar á una mujer sola de unos cuarenta años de edad, cutis moreno, estatura elevada y miembros robustos que estaba haciendo calceta con pasmosa agilidad. Sentáronse junto al fuego, y Jasper dijo á Lavengro:

— Hermano, deseo hablar con Vd.

— Hablarémos cuanto Vd. quiera, respondió Lavengro, siempre que busque una conversación agradable.

— No tenga cuidado. Ante todo hablemos de nosotros mismos: ¿qué ha hecho Vd. desde que nos separamos?

— He seguido por espacio de algún tiempo el regimiento de mi padre, en los puntos donde ha estado de guarnición. Pero ya se ha retirado mi padre del servicio, y se ha establecido con su familia en este país.

— ¿Continúa Vd. cazando serpientes?

— No; renuncié á tal oficio. Empleo mejor mi tiempo; leo libros y aprendo idiomas.

— Siento que no coja y domestique esos bichos; porque frecuentemente he hablado de Vd., de su víbora y del miedo que supo inspirar á mi padre y á mi madre.

— ¿Dónde están sus padres de Vd.?

— En el lugar donde no volveré á verlos mas; al ménos así lo espero.

— ¿Habrán muerto sin duda?

— No; no han muerto. Están *bitchadey pawdel*.

— ¿Qué significan esas palabras? No las comprendo.

— Transportados al otro lado de los mares, desterrados.

— ¡Ah! eso es distinto. Lo siento mucho. ¿De modo que se ha quedado Vd. solo en el mundo?

— No, no del todo, hermano.

— Sí, vive Vd. en compañía de otros individuos de su tribu. Pero ¿quién cuida de Vd.?

— ¿Quién cuida de mí?

— Sí, ¿quién hace las veces de padre?

— ¿De qué edad me supone Vd., hermano?

— Aparenta Vd. tener tres años mas que yo.

— Eso podrá ser cierto; pero Vd. es un Gorgio, y yo soy un Rommany Kral. Jasper Petulengro no necesita que haga nadie con él las veces de padre.

— ¿Se llama Vd. Petulengro?

— Sí. ¿Le gusta á Vd. el nombre?

— Mucho; no conozco otro mas dulce. Se parece mucho al que Vd. me dió.

— Quiere decir maestro en herraduras, como *Sapengro* significa maestro en serpientes.

— ¿Quién ha dado á Vd. ese nombre tan bonito?

— Pregúnteselo Vd. á Faraon.

— Ya se lo preguntaría si estuviera aquí; pero no le veo.

— ¿Es que soy yo Faraon!

— ¿Entonces es Vd. rey?

— *Chaphipen Pal.*
 — No lo entiendo.
 — ¿Qué lenguas aprende Vd.? Le faltan á Vd. dos cosas, hermano: el sentido comun y el conocimiento del rommany.
 — ¿Porqué cree Vd. que me falta el sentido?
 — Porque á la edad que Vd. tiene no sabe bandearse por sí solo.
 — Sé leer á Dante, Jasper.
 — ¿Qué es eso de Dante, hermano?
 — Sé encantar á las serpientes, Jasper.
 — Ya lo sé, hermano.
 — Y tambien á los caballos. Traigame Vd., sino, al mas fiero de toda Inglaterra, y le amanso al instante solo con decirle algunas palabras á la oreja.

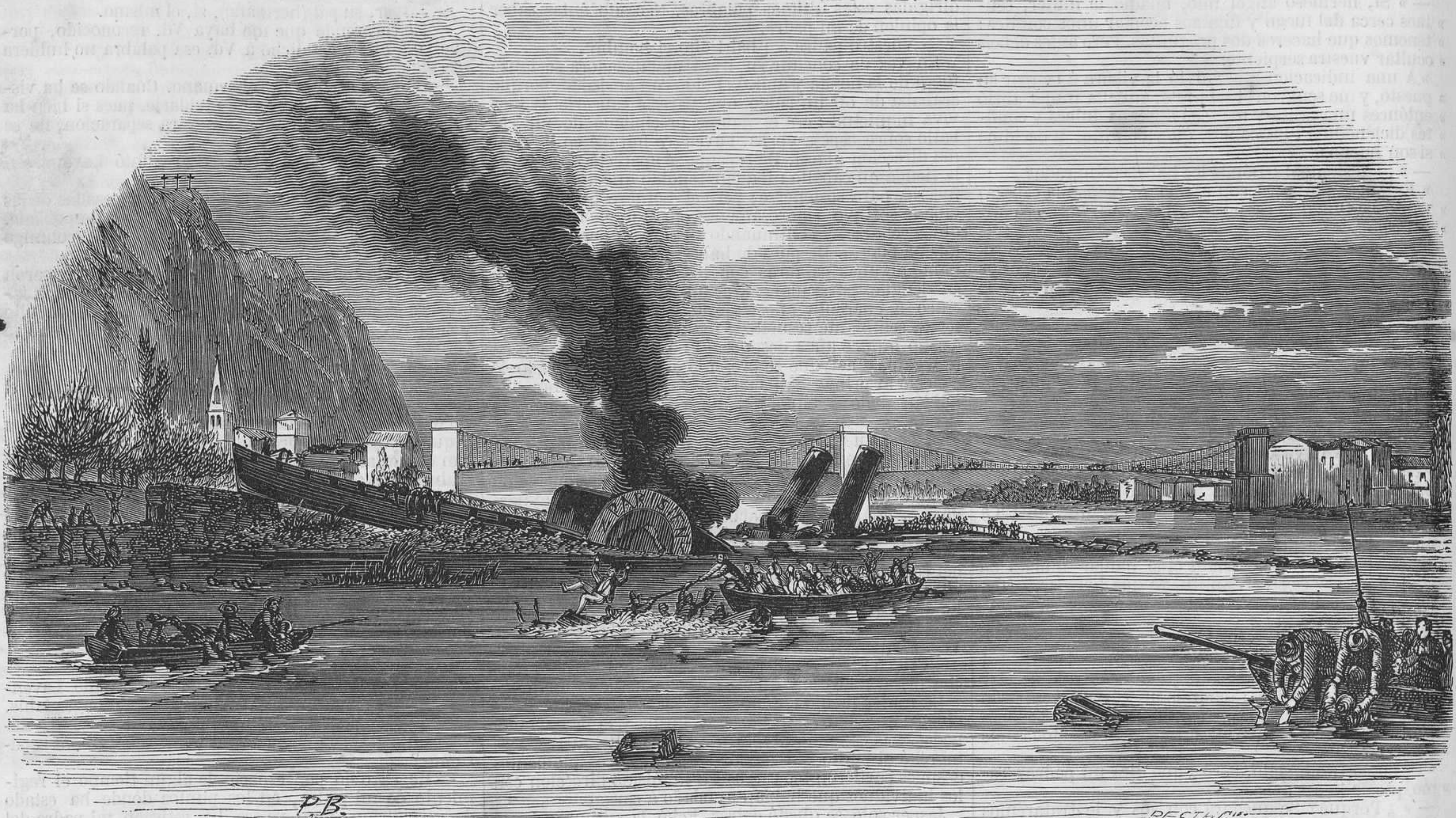
(Se continuará.)

Explosion de un buque de vapor en el Rhone.

Dicho rio ha sido, el 4 de este mes, teatro de un espectáculo triste, acerca del cual han dado todos los periódicos minuciosos detalles. La particularidad que presenta este aciago acontecimiento es la separacion ó descomposicion de un buque en dos, habiéndose desprendido de su centro la popa y la proa por efecto de la explosion de la caldera. Es preciso convenir en que el sistema de construccion del *Parisiense*, que consiste en dividir el casco del buque longitudinalmente en tres compartimientos separados por dos tabiques, ha prestado en esta ocasion un gran servicio, siendo para los viajeros una esperanza de seguridad. A este sistema se debe, en efecto, que las partes anterior y posterior del buque separadas del centro se hayan mantenido sobre el agua en lugar de sumergirse al instante como siempre ha sucedido en casos semejantes.

No obstante, uno de dichos compartimientos, el ante-

rior, dió un tremendo golpe en el muelle, y esta circunstancia, independientemente de su sistema, fué fatal para algunos viajeros. Habiéndose roto en el choque la balastrada que les resguardaba, mas de treinta personas fueron precipitadas al rio donde muchas hallaron la muerte, citándose entre estas una señora y un caballero que se tenían cogidos de la mano en el momento de la caída, y un soldado del primer regimiento de zuavos. Un tal Jalliard, sargento del 3º de infantería de marina, viniendo á Paris su ciudad natal mediante el permiso de treinta dias que le fué concedido, se salvó á nado; pero habia por desgracia sufrido una violenta contusion en su caída, y murió una hora despues en la casa donde le habian recogido. La parte posterior del buque tardó hora y media en hundirse, de modo que dió tiempo á que pudieran salvarse los pasajeros, mercancías y demás. El dibujo remitido por M. Ernesto Landerset dará á nuestros lectores una idea aproximada de esta lamentable catástrofe.



Nafragio del buque de vapor *El Parisiense*, á Andance.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION:

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15	»	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	»
Para Puerto Rico.	13	30 macuquinos			
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	»			
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes			
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	»			
Para la provincia de Cúmana.	12	75 »			

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de trasporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

<i>Londres.</i>	MM. SIMMONDS.	<i>Cobija.</i>	MM. ARTOLA Y Ca.	<i>Puerto Rico.</i>	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
<i>Nueva York.</i>	— Eug. DIDIER.	<i>Demerara.</i>	— Richard HAYNES.	<i>Quito.</i>	— Alfonso PRIEUR.
<i>La Habana.</i>	— ROUSSEAU LANGWELT.	<i>Guatemala.</i>	— P. J. LOSS.	<i>Rio Hacha.</i>	— J. Manuel GOENAGA.
<i>Arica.</i>	— BILLINGURST Y TAYLOR.	<i>Guayaquil.</i>	— Alfonso PRIEUR.	<i>San Francisco (California).</i>	— MASSEY, FINANCE Y Ca.
<i>Arequipa.</i>	— J. Maria REY DE CASTRO.	<i>Laguayra.</i>	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	<i>Santo Domingo.</i>	— D ^e MORINGLANE.
<i>Asuncion (Paraguay).</i>	— VASQUEZ CORDOYA.			<i>Santa Maria.</i>	— Manuel ABELLO.
<i>Buenaventura.</i>	— SIMONNOT.	<i>Lima.</i>	— José MACIAS.	<i>San Juan de Nicaragua.</i>	— Jean MESNIER.
<i>Bogota.</i>	— CLARMONT.	<i>Maracaibo.</i>	— P. CAS AUX.	<i>Santiago de Cuba.</i>	— Felipe LAY.
<i>Buenos Ayres.</i>	— LUCIEN Y Ca.	<i>Matanzas.</i>	— F. DEVILLE.	<i>Trujillo del Perú.</i>	— Andres ARCHIMBAUD.
<i>Id.</i>	— J. C. CORBIN.	<i>Maturin (Cumana).</i>	— P. BAUPERTHUY.	<i>Santiago de Chile.</i>	— Pascual EZQUERRA Y GL.
<i>Caracas.</i>	— Emile PHILIP.	<i>Monpos.</i>	— J. M. PEREIRA.	<i>San Tomas.</i>	— BENEDETTI.
<i>Id.</i>	— H. P. DE LA VEGA.	<i>Méjico.</i>	— BOIX, BESSERER Y Ca.	<i>Tacna.</i>	— Carlos BASADRE.
<i>Cartajena.</i>	— J. Maria CANADAS.	<i>Montevideo.</i>	— A. LAS CAZES.	<i>Tampico.</i>	— A. DELILLE.
<i>Cali.</i>	— THIRION.	<i>Panama.</i>	— SMITH Y C.	<i>Valencia.</i>	— Achille LETTERON.
<i>Ciudad Bolivar.</i>	— A. PESQUERA.	<i>Popayan.</i>	— Rafael IRURITA.	<i>Valparaiso.</i>	— Pascual EZQUERRA Y GL.
<i>Cauanna.</i>		<i>Porto Cabello.</i>	— Rafael ROJAS.	<i>Vera Cruz.</i>	— Juan CARREDANO.